Estos relatos cuentan sucesos, acaecidos algunos hace ya mas de dos décadas. En ellos no pretendo presentar un conjunto narrativo con valor histórico; de hecho he condensado acontecimientos y desplazado personajes. Me conformaría simplemente conque algún ocasional lector pueda rescatar el espíritu de cambio, los sentimientos solidarios y "la mística" imperante en todos los usuarios, técnicos y profesionales que emprendimos el camino de la desmanicomialización.

Estoy seguro que tampoco reflejan los hechos más importantes o los episodios más relevantes que pudieran contarse. Cada uno de nosotros podría hacer su propia selección. Ciertamente cualquier protagonista sentirá que otros incidentes y acontecimientos encierran mayor trascendencia. Me disculpo ante ellos. Lo escrito tiene un valor subjetivo. Son, apenas, los que se me iban ocurriendo.

Es injusto el recuerdo porque es selectivo.

Su trabajo es de Asistente Social.

El proceso de descentralización y desinstitucionalización, que sería la desmanicomialización, estaba recién en su primera fase. Aún transitábamos los márgenes sanitarios, intentando imponer, inscribir, una diferente manera de trabajar. Todavía no se había promulgado la Ley de desmanicomialización y, de alguna manera, nos considerábamos marginales en nuestro propio sector

Cuando una alta autoridad Provincial de Salud Pública debió realizar un viaje a una población cercana tuve que acompañarlo. Recuerdo el frío y la niebla de ese día. Los montes frutales secos, el paisaje gris, apagado. Si no hubiera vivido el verano del Valle no hubiera podido imaginarme lo que meses mas tarde vendría: verdor, vida, flores, colores. Y más tarde promoción social, equipos interdisciplinarios y empresas sociales para nuestros usuarios. Pero esto último no lo imaginaba, lo anhelaba.

Casi no habíamos cruzado palabras cuando me preguntó:

- ¿Estará el Psiquiatra?

- Tiene que estar.

- Es que ustedes ahora siempre andan por ahí.

- ¿Como...? - aunque no esperaba esa observación tendenciosa reaccioné de inmediato. - Lo que pasa es que muchas cosas deben hacerse afuera.

- ¿También "la rata"?

Sonreí por su chanza y esperé unos segundos antes de contestarle:

- Eso. Lo importante son las ratas.

No creo que me haya entendido, pues con esa expresión estaba parafraseando algo escuchado del Chacho Sialle.

Él nos había contado sobre una reunión comunitaria realizada cerca de Rosario y convocada por lo mas granado de la Salud Mental Santafecina. Había asistido acompañado de numerosos profesionales, muy dotados de teorías psiquiátricas y psicopatológicas, para debatir las necesidades en Salud Mental de esa comunidad. Y ver que podían ofrecer.

La experiencia había sido tomada muy en serio. Para no caer en imprecisiones se habían celebrado diversas reuniones donde, incluso, planificaron las posibles intervenciones. Todos revisaron bibliografías. Todos se prepararon. ¡Pobre "d'ellos"!

Y llegó el día. Ante una gran concurrencia, luego de las presentaciones habituales y una explicación sobre la convocatoria, se abrió a un debate preguntando por los problemas del pueblo. Ansiosos, esperaron escuchar sobre neurosis, psicosis, peligrosidad del loco, estrés de la vida moderna. Tantos temas conversados y estudiados en las últimas semanas.

Pero agobió el silencio. Nadie hablaba.

Ni que fueran mudos. Dibujados a las sillas. Comenzaron a pasar los minutos y el coordinador, mi amigo, se fue inquietando. Empezó a contar el tiempo... los evos. Pero de reojo nomás, tratando de mantenerse cancha. Cuando realizó varios intentos fallidos de diálogo, aumentó su inquietud. Ya no podía disimularla. Podría entrar en pánico si no pasaba algo. Tomó agua y casi derrama el vaso al querer mirar simultáneamente su reloj de pulsera. Me dijo que le temblaba la jarra. Y que sudaba; le chorreaba la cara y no había llevado un pañuelo.

¿Sería un fracaso?. A pesar de los encuentros sobre salud mental comunitaria realizados en los diferentes círculos académicos de Rosario, de las Cátedras Universitarias y los esfuerzos de la Dirección de Salud Mental Provincial, ¿terminaría todo en un fiasco?. "¿Por que esa gente se mantiene callada?!". "¿Que hacer?. ¿Que hacer!?"

Tímidamente levantó la mano una viejita.

Me contó que una grandiosa sensación de alivio lo envolvió. Hasta le pareció que se expandía el colmado salón. ¡Aire!. ¡Aire!. Por fin empezaría a tratarse las problemáticas

que deseaban esos prestigiosos Psicólogos y Psiquiatras que con tantas ansias habían concurrido al encuentro. Que el mismo había invitado.

No obstante, antes de cantar victoria debía salvar la situación. Porque le vino a la mente un pensamiento catastrófico: si respondía con voz subida de tono podía "ahuyentar" a la frágil señora. Así pues, se propuso esforzarse y hablarle despacio, sonriendo. No ser torpe. No ser brusco. Baselinesco.

- ¿Señora...?.

Me confesó que hasta sintió temor que una palabra la espantara. Le hubiera gustado encontrar otra que fuera sola una mitad. "Pero que otra cosa puedo decirle". "Habré sido suficientemente cortés".

La viejita medio con vergüenza miró a los costados. Buscaría aprobación o coraje. Todos en el salón, como buenos cartones, giraron la cabeza para atenderla. Y ella debió haber conseguido lo buscado porque se empezó a levantar. Chacho me juró que la empujaba con los ojos. Hubiera querido correr y ayudarla a pararse. Casi gritaba "vamos, vamos..., aúpa". Y para colmo ese sudor a gotas le caía de la barbilla.

Al fin la vio de pie. "Si demora mas me desmayo". Flaquita, milenaria. Estiró su pollera y como para rezar juntó sus manos. Y le oyó decir:

- Doctores. Aquí el problema son los piojos.

Este tipo de recuerdos era casi lo único que me reconfortaba por esos días. Y estas salidas, quebrando la rutina "de oficina", eran una ayuda para pensar como podríamos realizar la ruptura del modelo tradicional.

Aún mantenía la sonrisa derrochada cuando le dije:

- No vale la pena pasarse los días en el consultorio si la gente tiene problemas en sus casas o en sus trabajos.

- No sé. ¿Y que vas a hacer con este Servicio?.

"Que se yo lo que hacer. Si nunca se nada". Obviamente dije otra cosa:

- Mirá, trataré de ayudar a que puedan organizar trabajos.

- ¿Para los pacientes?

- Sí.

- ¿Desde el Hospital?.

- Claro. Seria mejor desde otro lado, desde una casita. Pero no hay ninguna.

- No sé... pero a mí me parece que ese es un trabajo de Asistentes Sociales.

Ya antes había escuchado esa frase y la he seguido escuchando. Era vano intentar convencerlo.

- ¿No te parece que ese trabajo social deberían realizarlo otros profesionales y no los psicólogos y psiquiatras?.

- No, no lo creo - pero no podía explicarle - de todos modos vendría bien que nuestros equipos integraran Trabajadores Sociales.

- ¡Lo único que falta!.

- Ya vendrán, ya llegarán.

- No creo.

Han pasado muchos años y sigo pensando como entonces que ese funcionario es un excelente sanitarista, pero nadie me podrá hacer creer que era un visionario.

Como chicos.

No teníamos ni idea del movimiento que estábamos impulsando, aunque ya algunas autoridades y sectores hospitalarios empezaban a llamarnos para analizar y ejecutar nuestras propuestas.

Llegamos temprano a la Escuela de Enfermería en Allen. El “encuentro” se haría recién a las cuatro de la tarde. Era mediodía.

Ese edificio me despertaba vivas imágenes de un pasado reciente. Hasta mil novecientos ochenta funcionó ahí el Servicio Provincial de Salud Mental. Precisamente en ese año nos habíamos trasladado a una nueva y moderna construcción. ¡Cuántos días había pasado entre esas paredes!.

Antes de ser reciclada su estructura para cumplir con la nueva misión docente, sobre la puerta del edificio abandonado había quedado escrito "Salud Mental" en grandes letras negras. Una noche que salíamos con Cornaglia, miramos esa vieja inscripción que saludaba a quienes entraban o se retiraban del hospital y Carlos se detuvo en las sombras para describir, de alguna manera, lo que la inscripción encerraba:

- Salud Mental no está donde tiene que estar. Donde dice estar, está vacía.

Entramos a la oficina de Susana, enfermera rubia, grande. Muy amable. Cara de "Churchil" y fuertes ojos celestes disimulando un noble espíritu.

- Que tal chicos.

- Como le va a Ud. - Hugo respondió afectuoso e inmediatamente, como era su costumbre.

- Ya organicé los grupos. Traté de hacerlos lo más heterogéneos posible. Espero que estén bien.

- Seguro - respondí.

Hugo quedó callado. Me llamó la atención. Generalmente es locuaz en estas visitas sociales y trata de llevar la voz sin permitir que sus ocasionales acompañantes lo posterguen en el diálogo.

- ¿Que van a hacer?.

- Nada - seguí hablando yo - pasamos a saludarla y ver como andan las cosas. Ahora vamos a ir a comer algo y después si, vendremos al encuentro.

- Yo también me iré unas horas. ¿Notaron algún problema?.

- No, nada. Ya esta avisada la zona. Esperemos que todo ande bien.

Salimos los tres a la calle interna del hospital que lleva al exterior. La despedimos. Pero nos quedamos hablando en la puerta, como chicos sin querer irse a casa. Esperamos, haciéndonos los distraídos, hasta perderla de vista.

- A mí me parece que van a traer problemas - eso era lo que lo tenía preocupado.

- Sin duda. Van a tratar de sabotear la reunión - sabía de lo que hablaba. Yo también tenía ese presentimiento. Más aun, estaba seguro.

- ¿Que te parece si revisamos los grupos para ver como los han dispuestos?.

- ¿Y si vuelve?.

- Dale...

Entramos a la Escuela. Vacía. Un gran silencio quiso echarnos. Nos acercamos a la pizarra y vimos las listas.

- Mirá, acá está este.

- Sí, y acá este otro.

Veíamos los "temibles" nombres conocidos. Nuestros detractores. Todas las listas estaban contaminadas.

- Esto va a andar mal. ¿Y ahora que hacemos?.

- No podemos decirle a Susana que reorganice los inscriptos porque no va a entender nada. Tendríamos que contar una historia de desencuentros que a ella no le importa.

- Pero así como están dispuestos nadie va a poder trabajar tranquilo. Van a derivar la cuestión hacia una protesta zonal. Son habilísimos para eso.

- ¿Y si las rearmamos nosotros y los ponemos a todos juntos?.. Un grupo se pierde, pero damos tranquilidad a los otros. Además esta gente ya tiene posición tomada y muy discutido el tema.

- ¿Te parece?

Era una muy buena jugada. Una táctica de lucha. Después de todo nosotros éramos parte organizadora y en el peor de los casos argumentaríamos eso para poder salir... con vida.

- Vamos, despegalos y entremos a la secretaría.

Como tocando el piano movimos las manos. Rápidos, mirando los rincones de la Escuela; horrorizados de que se abriera la puerta principal y apareciera La Susana. Estábamos tan tensos que un grito sorpresivo nos hubiera hecho tirar los papeles y salir corriendo. Como chicos apurados, él médico y el psicólogo.

Estuvimos ocupados en la oficina hasta cerca de las 14 hs. Volvimos angustiados a pegar las listas y nos fuimos disparando. Providencialmente nadie había regresado. Nadie nos había visto.

Regresamos cerca de las 16 hs.. Todo estaba lleno de gente. Miramos de reojo el tablero. Permanecían las listas en el lugar que las dejamos.

Con el mandato de iniciar las discusiones grupales brotó la protesta esperada del cuerpo opositor. Parecían dispuestos en falange, Espartanos en las Termópilas, apostados en un rincón del salón.

- Esto no puede ser. Es una conspiración.

- Los grupos fueron manipulados.

- ¡Es una vergüenza!. ¿Quién los armó?. – sonó como “que los parió”.

Con Hugo nos miramos de reojo. Se estaba por armar “la podrida”. Ya aparecían, en el desorden, amenazadores puños levantados. Susana estaba roja. ¿Se había dado cuenta?. Si ella nos mandaba al frente ponía la reunión en contra nuestra. Seríamos pasto de las fieras.

- Miren - dijo con voz alta y firme - yo armé los grupos y no veo ninguna manipulación.

- ¿Seguro que fue usted?.

Nos miró a los dos. Nos clavamos en la silla.

- Si.- Nos salvaba.

- Bueno... Pero esto no puede ser.

Siguieron murmurando largo rato desde aquel rincón de los lamentos. Como lo previmos, se desentendieron de las consignas y confeccionaron una prolija y severa declaración contra las normas que se empezaban a implementar en los Servicios de Salud Mental. Pero para los demás concurrentes el trabajo fue tranquilo. Al final, en asamblea, se aprobó una propuesta: impulsar la creación de un Centro Comunitario de Salud Mental. Sería Nuestra Casa.

Pero Susana debió sostenernos toda la tarde. Mas de una vez le escuchamos ratificar que ella era la responsable de las listas y que no había ninguna segunda intención. A veces con ira, a veces pálida, después de cada altercado nos miraba con sus impresionantes ojos azules.

Le estaremos eternamente agradecida.

Fue de las últimas enfermeras en actividad que habían fundado los departamentos hospitalarios de enfermería. Al poco tiempo se jubiló. La extrañaremos; siempre. Pertenecía a una “cepa” de enfermeras idealistas y sensibles como ya no volvieron. Mujer muy inteligente y observadora. Nunca voy a creer que no se había dado cuenta del cambio de listas. Debí haber percibido inmediatamente el nivel político del encuentro y tomado parte. Así que fue admirable su disimulo, incluso con nosotros.

Creo que se sumó al proyecto y decidió colaborar ahí mismo con nuestra causa. Ella también, con "picardía". Como chicos. Una Brancaleone.

La reposera

Hace ya algún tiempo, MO, caso "difícil", fue atendido por nosotros. Vaya a saberse quién, alguna "psicocosa", le había diagnosticado Atrofia Cerebral Progresiva de "evolución tórpida" y pronosticado lo peor.

Aunque era Supervisor de Servicios Zonales, me había inmiscuido asistencialmente con este usuario por las dificultades que generaba en su barrio y la protesta de vecinos que ya llegaba a los niveles políticos. Con un enfermero, Miguel, un "Brancaleone" natural, lo visitábamos casi diariamente en su domicilio cuando quedaba solo.

Su real afección era el estado de abandono que padecía en las horas que sus familiares salían a trabajar. Aunque poseía en un lindo barrio una habitación mas o menos confortable, dependía de su hermano y cuñada. En tanto estos estuvieran presentes no había problemas, pero apenas se ausentaban su situación se comprometía. Podía gritar por horas, o salir desnudo a la vereda.

Cuando se buscan soluciones uno tiende a explorar lugares habituales. Eso es un error. Justamente esos sitios toleraron la configuración del problema a resolver.

Fui a proponer un acuerdo al hospital. O a pedir ayuda, como quiera decirse. Me acerqué a la Dirección y concerté un encuentro con los miembros del Servicio de Salud Mental. Una tarde tratamos el "caso MO".

El problema era sencillo de resolver... para mí. Debíamos brindar a esta persona un lugar protegido en el Hospital durante las horas que su hermano trabajaba. Como estaba mejorando, podíamos desechar aquel diagnóstico desesperanzado. Además, estaba convencido que en el corto plazo ni siquiera sería necesario ese "Hospital de día", pues ya sus familiares estaban buscando alternativas de cuidado.

- Miren - dije - me parece que el remedio a este problema es sencillo.

- ¿Si?... A mi no me parece - la Directora, conocedora de mis ideas, tomó desde el inicio la representación de la oposición.

Estaba solo con mis "convicciones". Lo mejor hubiera sido, ahí mismo, agradecer, despedirme y retirarme. Pero no podía. ¡Si había sido yo quién pidió la reunión!. Además, en aquel entonces aun pensaba que valía la pena intentar convencer a todos en cualquier momento.

- Si, es sencillo - continué - debemos permitir que MO pase unas horas con nosotros.

Traté de observar la reacción de mis palabras, algo difícil estando el grupo sentado en círculo. Y no me pareció que hubiera despertado el más mínimo entusiasmo. Pero no tenía plan alternativo. Así que seguí adelante, a lo toro bestia, tratando de persuadir.

- Miren, sería solo por un tiempo, el necesario para que sus familiares se sientan ayudados o hasta que MO mejore un poco mas y ya no necesite cuidados. Dejarlo tantas horas a solas en su pieza es contraproducente y hasta peligroso.

- Nosotros no lo dejamos - la desinvolucración es un rasgo del manicomio.

- Además tiene atrofia cerebral progresiva. Va a estar cada vez peor - siguieron argumentando en contra -. Deberían llevarlo a un centro neurológico.

- No. Está mejorando. El diagnóstico debe estar equivocado. - Era una de mis premisas y debía defenderla.

Se cruzaron miradas. Deben haber pensado: "este que se creerá, un neurólogo".

- Pero no tenemos lugar donde atenderlo - los argumentos sencillos son los más resistentes.

Murmullo de aprobación. Tropel de cabezazos afirmativos. Sabía que se plantarían ahí, con siete y medio y de mano. Solo contra todos. Tantas veces había cruzado lanzas con estos malones. Pensé: "una vez más. No aprendés".

- ¿Tenemos todo el sector de Salud Mental?

- ¿En donde?.

- En Salud Mental.

- ¡Pero como! - parecían escandalizados - esa es una zona para consultorios y público.

- Hay una habitación y una cocina. Allí podría quedar.

- No hay camas - alguien lo dijo por lo bajo en tono jactancioso, como principio irrefutable.

Le acepté el lance. Nada de hacerme el distraído. "Vamos Sir Lancelot".

- No se necesita una cama. No tiene por que estar acostado. Solo haría falta una reposera.

La persona aludida se alteró. Se ajustó en su silla. Los demás también se acomodaron. "¿Se preparan para asaltarme?". Obviamente no esperaban escuchar esa sugerencia. Se hizo un extenso silencio. Después sí, estalló el coro. Fue una exclamación. Un clarín y ... ¡a la carga!. Detonaron al unísono.

- ¡¿Una reposera?!

"Que lo parió, ¿qué dije?". Busqué algún gesto orientador. Y sí, encontré rostros contrariados, bocas crispadas, miradas intolerantes. Demasiadas expresiones para no situarme.

"¿Y ahora esto como sigue?". ¿Me iba o me quedaba?. Por suerte la ansiedad creciente suele obligar a descargas verbales.

- Es que no puede saberse en que condición queda alguien en una reposera. ¿Quién la usa es paciente de consultorio externo o está en internación? - me interrogó la Directora.

Aunque le estaba agradecido que me hubiera sacado de esa estampida, no podía sino considerarla ridícula. Me parecía grosera su inquietud.

- No tiene importancia - siempre he pensando que la necesidad satisfecha es un argumento convincente - ponemos una reposera en algún lugar del Servicio, MO queda con nosotros algunas horas; mejora todo, la familia siente que hicimos algo. Resolvemos esta situación. ¿Dónde está el problema?.

Se hizo otro silencio. Nadie respondió. Ni escucharon mi pregunta. Entre tantas miradas, la más benévola me ojeaba como se atisba a quién no entiende de costumbres y convenciones. Un bárbaro.

Habíamos llegado al lugar donde debíamos llegar. Al abismo que nos separaba. Un abismo técnico, político y de actitudes terapéuticas. No podríamos entendernos.

- ¿Entiende usted?. - le pusieron palabras a la situación. - El problema es que si decidimos mantenerlo acostado, aunque sea solo por algunas horas, deberíamos internarlo en alguna Sala. En caso contrario hay que atenderlo por consultorio externo, en forma ambulatoria. Y allí no cabe las reposeras.

- ¿Por que?.

- Porque es así; así son las cosas. O se está internado o se es paciente ambulatorio. La reposera no va.

"Suspendan la reposera", grité en mi pensamiento.

Así eran las cosas, esa era la cuestión. Por lo tanto, para ayudar a MO había que cambiarlas. Debíamos crear una institución que fuera capaz de realizar o gestionar cualquier cosa que se necesite.

Quedé pensando todo ese día sobre los viejos Hospitales tan mal dispuesto para trabajos preventivos y promocionales. Y cada vez que recordaba esa reunión me parecía más grotesco que se hubiera impedido un simple acompañamiento. ¿Por que no crear entonces un espacio sanitario que no oponga obstáculos a la satisfacción de este tipo de necesidades?.

Allí, ese día, se puso en movimiento dentro de mí la voluntad de concretar el Instituto Nuestra Casa. La casita.

Cambios de autoridades.

Las crisis pueden ser los momentos oportunos para evolucionar, para mejorar; para superar viejas estructuras. Para alcanzar nuevos ordenes y disposiciones. Algo de eso sucedió un día en nuestra organización sanitaria que nos permitió dar "un salto": cambiaron las máximas autoridades políticas en Salud Pública.

En aquel entonces mi trabajo como Supervisor de Servicios de Salud Mental estaba en un punto muerto. Poco más podía hacer para inducir a nuestros compañeros a que atravesaran nuevos caminos terapéuticos. Sobre todo, prácticas curativas promocionales.

Ya con Hugo habíamos llegado a la conclusión que solo una practica ejemplificadora y concreta podría destrabar la marcha.

Ahora bien, nada es mas conservadora que una macroinstitución. Por lo tanto, también sabíamos, iniciar un trabajo que implicara profundos cambios e instigar su repetición en los demás equipos provinciales, produciría temor y prevenciones en los altos niveles del gobierno provincial.

Hay tanta desmedicalización en nuestra propuesta desmanicomializadora, que para cualquier médico-ministro es difícil asumirla cuando advierte sus riesgos.

La oportunidad se presentó con el cambio de autoridades.

Teníamos un "plan de operaciones". Intentaríamos hacer creer a los nuevos funcionarios que el proyecto era una vieja idea de la gestión saliente y que "casualmente", en ese momento, debía concretarse. Le deslizáramos "la casita" a su escritorio en el primer día de gestión, presentándosela como un proyecto ya analizado, estudiado y, sobre todo, inofensivo.

Había que "meter" un papel entre una pila de documentos para firmar. Si funcionaba el ardid, estaría aprobada la creación del primer Centro Comunitario de Salud Mental. Si no... a esperar otra oportunidad.

Entre tantas cosas que pasan de una administración a otra, podíamos tener éxito. A decir verdad, conociendo la confusión que impera en los momentos de traspaso de autoridades, dábamos a nuestra "movida" buenas probabilidades.

Jugamos y ganamos.

En aquellos tiempos el teléfono era muy usado para comunicarnos con nuestra capital administrativa. A diferencia de ahora, donde el "ajuste" o el "achique" del Estado restringió el uso de ese instrumento, hablábamos tranquilamente en largas llamadas de larga distancia.

Conectados a Viedma, estábamos a la espera de la firma.

- Hugo, ¿se firmó?

- No, aún no. Lili le llevó una serie de papeles y entre ellos está el nuestro. Pero todavía no sé.

- ¿Y Lili sabe como responder a preguntas?

- No te preocupes. Ya le dimos la "letra".

- ¿No se pondrán a revisar detalles?

- No, estos papeles no. Son cosas chicas. Vos no sabes el quilombo que es esto. Se revisan los balances, las cosas de dinero. Se habla de nuevos funcionarios y ya hay caras raras. Pero esto que es técnico y parece chiquito, seguramente lo pasarán. Eso espero.

- Bueno, te vuelvo a llamar en un rato.

En una sala llena de escritorios y técnicos, los de Salud Mental estábamos, literalmente, con cara de espera. Ansiosos. Mateábamos ininterrumpidamente. De tanto en tanto discábamos.

- ¿Y?. ¿Salió?

- Llamá mas tarde que te cuento, ahora no puedo hablar.

Repuestas de ese tenor nos abrían un sinnúmero de incógnitas:

- Lo que pasa es que le están diciendo a Hugo que el Hospital esta en desacuerdo.

- Lo que pasa es que a Lili la echaron también y no pudo pasar el papel.

- Lo que pasa es que no se firma nada.

Así especulábamos, mateando, hasta la próxima llamada.

- ¿Y.?, Que pasa?

- Lili ya salió del despacho, pero entró a otra oficina y todavía no pude hablar con ella. Llamá en un ratito

El café se mezcló con el mate, mucho mate. Ya todos se habían ido de Zona. Quedamos los "mentalólogos" rodeando un teléfono. De pronto suena.

- ¿Si?

- Firmó, lo firmó

Colgué y dije a los que me miraban

- Firmó. No saben en lo que se han metido... ustedes.

Los ñoquis.

Todos saben que se da a llamar "ñoquis" a los asalariados que nunca aparecen por sus lugares de trabajo, excepto para cobrar los días 29 de cada mes.

Al ir tomando forma el proyecto del Centro Comunitario de Salud Mental, un lugar que diera ayuda a personas como MO, el primer y gran objetivo fue conseguir recursos. Por mantener buenas relaciones técnicas e ideológicas con Arturo, Director de Minoridad y Familia, recibimos de ese sector una casa donde instalarnos. Luego, también dos celadoras de ese organismo pasarían a trabajar como Operadoras. Por iguales razones, la Municipalidad nos garantizó el pago de servicios y el mantenimiento edilicio. Al personal fuimos a buscarlo al hospital local. Como tantas veces presenté una nota de lo más formal y fui recibido.

Mientras visitaba hospitales zonales como Supervisor de Servicios, supe ser acogido, al menos, en forma descortés. De todas maneras, apelando a algún resabio de terapeuta psicoanalítico, me había acostumbrado. Aceptaba que nuestro programa, atentando contra las formas médicas clásicas, nos había nutrido de "refractarios" oponentes. También, es un deber decirlo, de algunos pocos amigos.

Al entrar al despacho observé a la Secretaria Técnica del Consejo Provincial de Salud, un rol político importante. Una amiga con quién habíamos hablado largamente sobre la importancia de los Centros de Salud Mental Comunitaria. Me tranquilizaba.

Evidentemente su presencia respondía al interés del "mas alto nivel" por escuchar la respuesta que me dieran.

Lili, así le decíamos, en conjunto con Hugo había impulsado políticamente muchas de las innovaciones técnicas que fomentábamos. Estando de acuerdo con nuestras ideas, aun antes de ocupar tan alta posición, era parte del proyecto desmanicomializador.

Como supuse la reunión fue tensa. La directora comenzó leyendo mi nota punto por punto, aunque seguramente ya la había estudiado concienzudamente. Dio "entrada" al tema con grave escrupulosidad. La formalidad es la "distancia higiénica" que exigen establecer los burócratas.

- Dígame Schiappa Pietra - decir el apellido en vez del nombre también marca distancias e instala la necesaria severidad para llevar un tema por algún tranquilizador camino institucional - ¿usted quiere de nosotros todo este personal?.

"¿No le basta la lectura?". "¿Que cree que estoy haciendo aquí?". Me esforcé por esconder, hasta en el gesto, lo que pensaba.

- Si. Pero para mantener un centro comunitario no es mucho. No vaya a creer...

- Puede ser, pero para el Hospital lo que Ud. pide es demasiado. Mire, nos solicita tres enfermeros y tres agentes sanitarios. Además de Ricardo que es personal nuestro aunque ya esté trabajando con Ud.

Volvió a mirar la nota. Se sacó los lentes:

- Nosotros tenemos pocos enfermeros y no alcanzan los agentes para todo el trabajo en los periféricos. ¿Me entiende?.

Que debía entender. ¿Que no nos facilitaría nada?. Cuando había empezado a hablar ya me había dado cuenta que lo tenía decidido y nada que dijera o hiciera le haría cambiar su postura.

- El beneficio para Salud Mental será muy grande. - ya decía por decir - Podríamos dar asistencia promocional a todos los casos graves que nos preocupan.

No creo que supiera o le interesara lo de asistencia promocional.

- Mire Schiappa Pietra - otra vez me nombró por el apellido; ya se ponía pesada - Salud Mental de este Hospital no ha realizado ninguna apreciación notable de su proyecto. ¿Me entiende?.

Como no iba a entender a algunos Servicio de Salud Mental.

- Bueno - no valía la pena entrar en polémicas sobre el modo correcto de trabajar - pero su Servicio no tendría la responsabilidad de dirigirlo. Tendría dependencia Zonal. Solo recibirían beneficios. Podrían usarlo cuando lo crean conveniente.

- Es que nosotros para algo así escuchamos la opinión de nuestra gente. Debemos hacerlo, ¿no?...

¿Y nosotros que éramos?. Ciertas lealtades y obediencias corporativas siempre parecen conductas mafiosas. Arriba del escritorio de la Directora había un cortapapeles de ejemplares dimensiones. Sonreí por mi ocurrencia. Por las dudas mantendría la calma.

- Lo que pasa es que su Servicio se dedica a la asistencia por consultorios externos y las forma comunitaria de trabajo le son extraña. La existencia de esta estructura le será beneficiosa, no lo dude.

- Ellos también trabajan fuera del Hospital. No diga eso.

- El trabajo comunitario es mas que andar por la calle.

- No sé - ella evidentemente quería terminar la conversación - Pero igual no hay recursos.

No hay recursos. Esa frase cerraba la controversia. No me extrañé o desilusioné. Tampoco sentí ira. ¿Para que?. Conocía la "lógica" con que se había opuesto. Ya vería.

Con Lili salíamos caminando del Hospital. Hasta entonces ella había permanecido en absoluto silencio, observando. A paso lento meditaba lo sucedido. De pronto habló.

- Decime Pepe - se detuvo apenas cruzó el portón de entrada; simbólicamente, como si lo que debía decir perteneciera al "afuera" de esas paredes. - ¿es necesario que sean enfermeros y agentes sanitarios?.

No - me agarró desprevenido.

- Mirá, tenemos que pasar a Salud Pública un numero de promotores sociales adscriptos al ministerio. ¿Podrían ellos trabajar en este proyecto?.

Un rayo cruzó el cielo azul soleado.

- Sí. No los conozco, pero por principio todos podemos aportar en Salud Mental.

- Entonces hablaré con Hugo y te lo haré saber.

- ¿Lili?, - la curiosidad me consumía - son los que llaman ñoquis.

- Si - se sonrió - algunos sí. Pero hay otros que trabajan.

Así se concibieron los Operadores de Salud Mental del Instituto Nuestra Casa. Los primeros en nuestra provincia.

El curso.

Comenzaba el verano, el tiempo del calor. Las fiestas se acercaban y debíamos dar término al primer Curso para Operadores de Salud Mental. Habíamos empezado su dictado a fines de octubre de ese 1991, con treinta y siete estudiantes.

De todos modos el Consejo de Salud Pública solo contrataría a seis de ellos. Conocíamos hasta sus nombres. Los había visto escrito sobre un pizarrón en el despacho de un ministro. Pese a eso, esperábamos que los demás enfermeros, agentes sanitarios y personal del Ministerio de Asuntos Sociales que concurrían diariamente a las clases, fueran luego referentes intersectoriales cuando lleváramos adelante trabajos comunitarios.

Los alumnos confirmaban, en cada ocasión que podían, su temor a la locura. El horror al loco. Por tal razón, en cada clase, con el instructor asignado, enfermero práctico para estas cuestiones, intentábamos devolver su real significado a ese personaje.

- Mirá Agustina, yo estuve de guardia pasiva esta semana y como ustedes pudieron ver no me han llamado por ninguna crisis. Que los "locos" estén cometiendo tropelías a cada hora es una mentira. Son los "cuerdos" los que cometen insensateces.

- ¡Que va!. Ud. lo dice porque quiere convencernos.

- No, es como le digo.

Y así, en ese pesado verano naciente, seguíamos las clases rumbo al ansiado fin de año que advertíamos como un fresco chaparrón.

Hasta que sonó la alarma. Sorpresivamente se abrió la puerta y un ambulanciero dijo agitado:

- Juancho está en la Guardia. Necesitan al de pasiva.

No hubiéramos querido abandonar la instrucción, pero ya el tema del día estaba dado y, además, siendo la mayoría trabajadores asistenciales, imaginamos que entenderían las razones de urgencia por las cuales los dejaríamos solos unas horas.

Salimos con Miguel. Se me pasó fugazmente la idea que podrían seguirnos. Pronto tuve otras cosas en que preocuparme.

En el hospital había "baile".

El Juancho estaba loco. Casi con seguridad había pasado la noche bebiendo y ahora recorría pasillos y salas gritando y anotando todo lo que, a el solamente, le parecía interesante.

Dentro de la urgencia tuvimos tiempo para reírnos de sus ocurrencias. Se paraba ante una puerta, miraba y decía:

- Si - garabateaba en un papel - dos clavos. Y seguía caminando. Se volvía hacia un banco de la sala de espera y repetía la operación.

- Sí, dos papeles.

Efectivamente sobre un banco se veían papeles.

Juancho, analfabeto total, recorría el hospital anotando sus detalles ¿Qué nos querría decir?

- Juancho - Miguel inició el abordaje - vamos. Queremos hablarte.

- No, estoy trabajando

- Mirá - le digo - ya es casi la siesta. Podés dormir algo. Tenemos unas pastillas para darte.

Nuestros intentos de acercamiento me precian tan ridículos como sus anotaciones.

- ¡¿No les dije que estoy ocupado?!
Si se enojaba, ardía Troya.

Tratando de persuadirlo, entretenerlo y no enojarlo, llegamos a la Sala de Clínica Médica. ¡Para que!. Allí "la cosa" se pondría "fulera".

Juancho seguía escribiendo al paso. De reojo noté líneas irregulares marcadas sobre el papel. Nada de frases o palabras.

- Juancho. Tomá esta pastilla. Sino van a tener que ponerte una inyección.

- Porque no me dejan tranquilo. No ven que estoy anotando.

Ya estábamos entre las camas de la Sala. Se acercó a una donde yacía tendida una persona quejosa. Flaca, de malísimo aspecto. Los huesos de su cara sobresalían cadavéricos. Con ojos entrecerrados y la boca semiabierta ofrecía un aspecto lúgubre. Daba para echarle una oración y no para que cavilara: "justamente aquí se viene a parar este loco".

Hay que creer que pudo mirarlo y entender la situación, pues ese buen hombre, como queriendo alejarse del inconfundible intruso, empezó a acurrucarse en su lecho. Se fue arrinconando sobre el borde opuesto a nosotros. Se iba a caer.

- Entubado, "enchufado" y encima esto - susurró Miguel.

El tipo estaba aterrorizado. Juancho alargó la mano hacia el frasco de suero. Se la detuve en el aire. Escuché sobre el lecho un gemido suplicante. Con los ojos abiertos al

máximo, el tipo miró espantado cuando me largó la primera trompada. ¿Habrá pensado que llegaba su fin?. Ya no pude volver a examinarlo. Nunca volví a verlo. ¿Que habrá sido de él?. Habiendo pasado tantos años aun retengo su mirada despavorida.

Eludiendo y desviando puñetazos me fui alejando. Con una danza de esquivas que nunca hubiera esperado de mí, logré que me persiguiera por el pasillo central. Al fin salimos de la Sala. ¡Providencia divina!. Surgieron dos policías y logramos sujetarlo.

Se tranquilizó, durmió y volvimos al curso. En total no habrían pasado dos horas.

Mientras regresábamos, mi compañero reflexionaba sobre el suceso contándome como, cuando trabajaba en terapia intensiva con pacientes moribundos, los desafiaba y molestaba para despertarles ansias de replica. Interpretaba esas acciones como curativas y pensaba que quizás con este susto, sin nadie quererlo, se había instalado en ese señor el deseo de sobrevivir. Un acto de salud mental.

Llegamos riendo por la naturaleza de esa "buena medicina" y la posibilidad de implementarla en otros casos.

Faltaban dos alumnas. Llegaron medio pálidas detrás nuestro y se sentaron al fondo del aula. Terminamos la clase; nos despedimos.

- Pepe, yo ya le dije, no voy a poder trabajar en esto.

- ¿Por que Agostina?.

- Por que Uds. son unos mentirosos.

Avaricia.

Había que empezar. El pequeño grupo asignado al nuevo Servicio de Salud Mental Comunitaria se encontró una mañana con Laura, la psicóloga del equipo, y conmigo, para iniciar las tareas.

Tenia pensado para ese primer día hacer un relevamiento zonal. Que conociéramos la realidad sobre la que deberíamos operar. Adquirir una idea aproximada sobre la población de futuros usuarios: débiles mentales abandonados, psicóticos, persona calificadas "locas", marginales, etc..

- Bueno - concluí las explicaciones - entonces ya saben lo que deben hacer.

- Si, entender lo entendimos. Pero como iniciamos el acercamiento.

- Sencillo. En cada puesto periférico hay un médico encargado. Ustedes deben acercarse, saludarlo y explicarle nuestros objetivos. No van a tener problemas.

- ¿Y sí no quieren darnos los datos?.

- No creo. ¿Por que? - mentí.

Una dupla de Operadoras llegó al Puesto de Salud del Barrio Viejo. No estaba el médico. Preguntaron entonces a una vieja enfermera con quién tratar el tema. De mala manera le escucharon decir que sobre eso debían hablar con los Agente Sanitario.

- ¿Y donde están?.

- Allí - les señaló una habitación cerrada.

Fueron lo mas juntas posible. Golpearon la puerta.

- Pasen.

Entraron a una pequeña piecita donde se preparaba - después supieron - tazas de leche para un grupo de niños.

- Buenos días. ¿Son los Agentes Sanitarios? - seguían juntas, apretadas.

- Sí.

- Nosotros somos del Instituto Nuestra Casa y quisiéramos unos datos.

- Instituto... ¿Qué datos?.

- Sencillos. Quienes tengan una enfermedad mental. Si hay alguien que nos pueda necesitar. La situación del barrio respecto a Salud Mental. Esas cosas.

Hubo un cambio de miradas. Pararon en lo suyo. Hicieron silencio. Al fin, siempre la misma persona contestó:

- ¿Uds. están autorizadas a hacer esto?.

- Sí. El Director nos pidió estos datos.

La palabra Director en los hospitales expresa una alta jerarquía. En general se designan Jefes a los conductores de los Servicios. Y es menos que Director.

- Y quién es el Director - pronunciándolo irónicamente.

- Es ... - me nombraron.

- Yo lo conozco - dijo otra - es de los de Salud Mental de Zona.

- Miren, nosotros tenemos mucha información - luego aseguraron las Operadoras que pareció jactarse por ello - pero esos datos son de nuestro Departamento y debemos pedirle a nuestro Jefe que nos autorice a dárselos.

Jorge Pellegrini siempre citaba una frase: "El conocimiento que se atesora como un bien, envilece mas que el oro". Venia al caso.

- Bueno, volveremos otro día. Gracias desde ya.

Salieron tan juntas como habían entrado, tropezando y empujándose para pasar las dos primeras por el marco. Ya en la calle entre enojadas y ofendidas dijeron:

- ¡Ma' sí!. Que se guarden los datos.

- Si al final preguntando podemos tenerlos. Imbéciles.

Cuando regresaron a Nuestra Casa, donde evaluaríamos la experiencia, habían perdido el enojo. Pero parecían desmoralizadas. Contaron lo sucedido y concluyeron:

- Vio, le dijimos que podían no querer recibimos.

- Miren - debía tranquilizarlas - lo que trajeron es una experiencia que ofrece mucho.

La información es Poder y el que la posee así lo entiende. De una u otra manera, entraron a trabajar en un terreno ya ocupado por estos Agentes Sanitarios. Y les guste o no, vinieron para reemplazarlos. La pérdida de algún posible protagonismo siempre es vivenciado como pérdida de prestigio, de Poder. Aunque no se esté haciendo nada.

No sabia si se tranquilizaban. Así que continué hablando mientras miraba al grupo.

- Esto tiene que servirles para que de aquí en mas entiendan estos tipos de juicios comunitarios. La idiotez es parte de la naturaleza humana. Se les volverán a presentar desplantes cuando entren a escuelas, gremios, familias o donde sea. Este tipo de experiencia se les repetirán una y mil veces y no por eso deberán abandonar sus objetivos.

- Ya decidimos ir nosotras mismas a buscar los datos.

- Perfecto - me dirigí a quién habló - eso es lo correcto. Pero recuerda, cada vez que encuentres al que detenta un saber que necesites, terminarás dirimiendo con él su Poder.

Quedaron calladas. Querían que siguiera hablando. Pero no había mucho mas para decir. Ahora debían meditar. Internalizar la experiencia.

- Por eso - volví a dirigirme al grupo reunido - fue muy esclarecedora esta práctica supuestamente fallida. Estas dos compañeras fueron a pedir datos de una naturaleza y terminaron trayendo información valiosísima de otro tipo. Aunque hayan creído que no encontraron nada, trajeron mucho. Gracias chicas. Hasta mañana.

El primer alojamiento.

“La casita” nunca fue suntuosa. A lo mejor fue menos que no suntuosa. A decir verdad su humildad es llamativa. A veces ni siquiera le cupo aquello de “pobre pero limpia”. Pero la teníamos y en ella lo que llamamos Instituto, rápidamente fue tomando forma como Centro Diurno.

La misma gente había transmitido nuestra presencia “de boca en boca” y en poco tiempo nos encontramos atendiendo a un pequeño grupo de sufrientes. Fabián, Karina, Juancho, El Tito, fueron de los primeros. Entre ellos estuvo Cristina, epiléptica, callejera desamparada, vagabunda trotamundos llevada de ciudad en ciudad por camioneros y viajantes. A ella le ofrecimos el primer alojamiento.

Su llegada la recuerdo nítidamente. Bien temprano en invierno. Había tenido en la calle una crisis convulsiva y alguien nos la acercó. Durante todo el día hicimos gestiones con su familia para devolverla a su seno. En vano. Algunos justamente no estaban en la ciudad ese día, otros ni siquiera quisieron conversar con nosotros; una de sus hermanas dijo que ya se había cansado y no iba a hacerse cargo otra vez. Etc., etc. Y la noche llegaba con Cristina sentadita en el pequeño comedor.

- Bueno - pregunté a los pocos presentes cuando vi caer la oscuridad - ¿qué hacemos?.

- Mirá - respondió Laura - así no podemos dejarla ir.

- No - las Operadoras de turno, como siempre, la apoyaron. - Sí se va, pasará otra vez la noche en la calle y vaya a saberse... siempre se aprovechan de ella. Seguramente le dará otro ataque.

- Si, me parece lo mismo. - tenía que decidir rápido. - Bueno, lo que haremos es ordenar la piecita del patio para que por esta noche duerma allí.

La piecita del patio era eso, un cuartucho de 2 por 2 .30 mts, con techo de chapa y piso de cemento. Pero habíamos impedido que juntara trastos viejos. Teníamos una estufita eléctrica. Serviría.

- ¿Llevamos una cama?. ¿La cucheta?

- No, la camita marrón. La de hierro. Y ropa de cama. A ver si pueden hacer que tome forma de habitación. Prepárenla lo mas digno que puedan, por favor.

Se trabajó rápido. Y llegó la hora de invitarla.

- Mirá Cristina, te hemos preparado una pieza. Estarás sola esta noche; pero no te preocupés porque estarás bien. Te dejaremos la estufita eléctrica prendida y yo - me comprometí - pasaré mas tarde para asegurarme que no haya ningún problema.

- ¡Y bueno che! - con voz de flauta - me quedo.

- Andá a verla. ¿Querés?

- Sí.

Allá fue, rechoncha y rechocha con sus patitas cortas, mientras seguimos especulando.

- ¿Y si le da otro ataque?

- También en la calle podría tenerlo y en peores condiciones. Ya la llevamos a la guardia del hospital y está medicada. Ahí no la internarán. Acá estará mejor. No se me ocurre otro lugar.

Nos quedamos con ella un buen rato y creo que nadie estaba del todo convencido de lo que hacíamos. Por las implicancias legales.

- ¿Estará bien?

- Si, la piecita es cómoda - le respondí a Laura.

- No. Lo digo por lo que puede venir si le pasa algo.

- No sé. Pero entre el juez y mi conciencia prefiero lidiar con el primero.

Al fin nos fuimos de a uno. Yo salí casi último luego de verla acostada.

Pasada la medianoche di la vuelta prometida. Entré despacio al patio. Todo era sombras y silencio. La luz de su pieza estaba encendida. No sé porque había entreabierto la ventana, pero gracias a ello podía distinguirla claramente mientras me acercaba en la oscuridad. ¿Estaba bailando?

Ante ese cuadro pensé: "me habrá visto y está haciendo teatro". Giraba de manera rara, con un brazo adelantado y semilevantado y el otro desplegado horizontalmente tras su cuerpo; un helicóptero de aspas caídas. Encorvada miraba hacia arriba y atrás. Daba vueltas sobre sí, como los perros cuando quieren morderse la cola. Y lo hacia, lo hacia, lo hacia... Sola, en el silencio de la noche, giraba y giraba en esa extraña postura.

No supe que hacer. ¿Sería que habiéndome visto estuviera tratando de impresionarme?. ¿O había tenido otro ataque?. ¿O que... ?.

Me quedé apenas un ratito. Me dio vergüenza violar su intimidad. No conocía nada psicopatológico parecido a esa "danza", así que me fui alejando sin hacer ruido. Sí fue "teatro" no le di público.

Siempre tendré guardada su imagen, girando, semiagachada, con los ojos tan abiertos como las palmas de sus manos. Mirando el techo. Rotando, rotando; trompo humano. Representando su existencia.

A la mañana siguiente la encontraron dormida. Despertó alegre, fresca, sin acordarse de haber bailado, sí es que eso fue una danza. Tampoco recordó haberme visto.

¿Habré estado ahí?

Ese fue nuestro primer alojamiento.

Juancho.

En el Alto Valle del Río Negro los inviernos traen temporales de llovizna y nieblas. Duran semanas. En algunos años ese clima malo se sostiene por meses y meses. Es igual que en un dicho ruso sobre la estepa: "si en verano un balde de agua hace una cucharada de barro, en invierno una cucharada de agua llena un balde de barro".

Pero no todas nuestras dificultades derivaban del aire frío saturado de humedad que empapaba la ropa y punzaba hasta los huesos. Por esos días el viejo Juancho era el problema. ¡Cuándo no!. El Hospital lo rechazaba y parecía que se hubiera empeñado en aumentar su animadversión. Había ingresado como internado el día anterior, con un cuadro de excitación psicomotriz derivada de su excesiva ingesta alcohólica y dado de alta esa misma media tarde. Muy rápido.

Calculábamos que andaría por una zona llena de desperdicios que al norte rodea la ciudad. Si no lo encontrábamos inmediatamente volvería esa misma noche a sus chifladuras. Y ese atardecer, a pesar del clima perverso, cuando todo ser vivo excepto peces y anfibios, en lo posible elude andar por calles parecidas a pantanos, salimos a buscarlo.

Esta determinación podrá parecer extravagante o temeraria si se coteja con las clásicas actuaciones de profesionales "Psi" que exigen demandas explícitas para asistir en cálidos consultorios. Pero no podíamos imaginarlo al Juancho, en el barro del basural, venir a cumplir con su turno psicoterapéutico o esperar "su hora" para llegar a una entrevista.

Salimos a cortar su destino.

Al empezar a rodar por esas calles abandonadas sabía que sería complicado encontrarlo. Como dije, creíamos saber el arrabal - ni siquiera eso - por donde andaría; una amplia zona de quemas, montes y ranchos.

La llovizna helada aumentaba la oscuridad creciente. Los árboles semejaban canillas abiertas. Todo se veía velado tras un vaho caótico.

Ricardo me acompañaba y me aconsejaba.

- Vamos despacio. Así será más fácil verlo.
- Sí. Se ve poco. Lo único que nos falta sería empantanarnos.
- Donde estará este desgraciado - siempre gráfico el "Richard".
- Que te parece si empezamos a preguntar por los altos.
- Vamos.

A medida que nos evadíamos de los suburbios las luces se fueron raleando. Al fin, solo algunos aislados destellos señalaban el lugar de los anhelos, amores y odios.

Entramos a una huella retorcida. Dejábamos, en el resplandor de nuestra retaguardia, la luz eléctrica. Sugerentes faroles perdidos empezaron a avisar de nuestra intrusión. Marcas de vida. Mas allá, ausencias.

Entre latas y botellas, un chico, habitante de ese mundo, buscador de tesoros, revolvía su suerte en la tierra. Lo vimos cuando casi estábamos encima de su casa. Nos detuvimos ante una casucha rodeada de los mismos desechos que jalonan esos senderos.

Bajé la ventanilla, sentí mojarme cara y ropa. Pensé: "¿Ellos no se mojan?". "¿Tendrán un pacto con los elementos?".

- ¿Pibe...? .

Recién entonces se volvió a mirarme. No tenía la cara mojada. Espectador inexpresivo. "¿No captamos sus manifestaciones interiores?". "¿Cómo se expresan?". "¿Serán imágenes?".

- ¿Conocés a Juancho?.

- Sí. Pero no está - hasta me sorprendió escuchar el mismo lenguaje y las viejas palabras que se hablaba bajando la loma hacia la claridad.

- ¿Alguien sabría donde encontrarlo?.
- A lo mejor la "Bicho Canasto". Duerme en su casa.
- ¿ Donde... ?..
- Mas arriba - apuntó a un perdido centelleo encarnado subiendo la nada.

El temporal arreciaba inclemente. Arranqué fascinado, intentando seguir mirando por el espejito retrovisor al pequeño pirata que robando de la tierra había robado de mi alma. No lo ubiqué. ¿Se habría disuelto en la acuosa negrura?. ¿Se habría apagado?. ¿Serian reales estos moradores del destierro?.

Continuamos nuestro andar. Zigzagueando. Eludiendo honduras. Envueltos por exóticas montañas de desperdicios uníamos elevaciones. Rodeábamos pilas de amorfas cumbres que dan a esos lugares aspecto laberíntico.

Brillaban, cayendo, las gotas de lluvia. La luz de nuestros faros las transformaban en piedras preciosas que se incrustaban en tierra mágica. "¿Estaremos creando con nuestro alumbrado, como en el cine, este paisaje?". "¿Estaremos en nuestro universo?". Y ese humo; la niebla de las quemas.

- ¿Cómo se mantendrán fumantes esos montones con tanta humedad?.
- No sé. - retrucó Ricardo - Si querés volvemos y le preguntamos al pibe.

Tenía que reírme. Era mejor. Por suerte me había acompañado.

Dentro del automóvil se percibía la ventisca exterior. Algo extrasensorial, pero fuertemente corporal. Puse las luces altas. Por eso no vimos mejor. Solo podía ser cuidadoso con la traza imperceptible que servía de camino. Avanzamos.

- Mirá que llamarse Bicho Canasto. - fue mi aporte y comentario para animar la situación. - Que no nos hayan dado el nombre de su especie.

- ¡Ma' que cana!. Ahí sí que lo tendrían encanutado al viejo.

- ¿Como será vivir aquí? - seguía impresionado por el ambiente y no podía sacarme esa idea.

- ¿No habías dicho que pensabas venir aquí a vivir con tu novia?.

Bromeando alcanzamos el lugar señalado. Otra casa.

Como engendros del averno, rompiendo sombras, surgieron de ningún lado. Nos rodeó inmediatamente una jauría de todo pelo y tamaños. "¿Brotarán los perros como hongos, de la tierra húmeda?"

- A lo mejor se cansaron de comer basura y buscan algo mas seco y sabroso. Ni se te ocurra bajar - fue mi advertencia.

Ricardo no obedece por que sí. Pero no es tonto.

Paré cerca de la puerta. Toqué bocina. Salió una mujer. Buena presencia, rubia, vestida con ropa de colores claros y pollera flameante. Imperturbable entre los perros. No podría decir cuanto tiempo la contemplamos irradiante. ¿Tenía una alucinación o un cuadro esquizofrénico?. "¿Donde estamos, por Dios?"

- ¿Sí?.

- Buenas tarde señora. ¿Usted es la dueña? - eludimos preguntar por la larva del insecto.

- Sí, ¿qué buscan?.

- Buscamos al Juancho. Somos del Hospital. No anda bien y venimos a verlo.

- Sí, Merдона. Siempre viene por acá. Tiene un lugar para dormir. Pero hoy no. A lo mejor está con Toso apilando cartones.

La mujer suponía que nosotros debíamos conocer al tal Toso. "¿En esta dimensión todos se conocen?"

- ¿Eh... ?. ¿Y por donde queda?.

- Sigán el camino - "¿qué camino?" - hasta la curva; luego hay una tranquera para allá abajo - me señala su izquierda - sigan y llegarán.

Como se dice: ¡ No me podía perder!.

- ¿Estará allí?. - al menos pregunté. No vayan a decir después...

- No sé, Juancho nunca se queda mucho en un lugar.

- Si lo encontramos y no tiene donde dormir esta noche de lluvia, ¿usted lo ayudaría?.

- Como no. Si aquí nunca tuvo problemas. Vea - me indico con la mano unas casillas de madera y cartones - allá puede quedarse. Pero Toso lo podrá tener hasta mañana.

Cuando miramos en la orientación señalada advertimos una camioneta. Esta mujer - no dudábamos que era la "Bicho Canasto" - debía tener en esa comunidad de cirujas categoría de empresaria. ¿O título nobiliario?. Baronesa de la Basura, por ejemplo. Seguramente Juancho y otros como él le clasificaban despojos. A cambio, ella los reconocía como personas. Eventualmente les daría alojamiento y, quizás, comida.

Un lugar donde vivir, donde sentirse parte. Eso es mucho para el que no posee nada. Ya estaba confirmando ese principio en "Nuestra Casa".

Lo de Toso se encontraba continuando hacia arriba. "¿Entraríamos al cielo?". En ciertas curvas el automóvil patinando avanzaba de costado. "¿Es un mundo torcido y los autos marchan así?". Debí esforzarme para no salirme del barroso sendero. Al fin llegamos a la tranquera. No había perros a la vista. Rápido bajó Ricardo y la abrió. Pasamos. Ya cerraríamos al salir. Llovía mas fuerte. Entramos justo antes que llegue la perrada. La guardia de honor en estos lugares.

Rodeando una especie de gran patio, casi una plaza, un conjunto de barracas y ranchos, al estilo del lugar, aislaban ese espacio circular. ¿Un poblado neolítico?. ¿La imagen de otros tiempos? No. Al costado de lo que vendría a ser la única calle, montones de botellas, cartones, latas, etc., decían que no olvidáramos donde estábamos.

Toso era otro empresario de la basura. Extraño señor feudal situado, literalmente, al margen de la civilización.

Sintiendo el alboroto nos estaba esperando. Parado. Bajo el amplio alero de chapa, palos y cartones de la casa más grande. Imponente. Impresionante.

- Buenas noches. ¿Es aquí lo de Toso?.

- Sí. Con él hablan. Quiénes son Uds.

- Disculpe la hora. Somos del Hospital. Buscamos a Juancho.

Me pareció que no le llamó la atención nuestra presencia; ni esa noche, ni ese tiempo. "¿Como serán aquí las circunstancias de los sucesos cotidianos?"

- Está allá, amontonando cartones - indicó unos montículos alejados.

Lo divisamos recortándose tenue en la fría borrasca.

- Le dije que se venga, que llovía. Pero quiere terminar. Es testarudo.

No sabría decir si era testa-rudo. Pero que estaba de la testa...

- ¿Nos permite hablarle?

- Vayan nomás. Y vean si pueden traerlo. Se va a enfermar.

- Gracias.

¿Que cuerda mágica, a través de la lluvia fría, nos tiraba a esa figura gris, cantero de basurales?. Arrancamos. Al irnos acercando me pareció verlo humear. "¿Es un hijo de la quema o una quema mas?". Llegamos. "¿Cómo mantiene con calor su cuerpo?. ¿Cómo sigue con la vida?"

- Basta por hoy viejo - le dije con voz firme - vamos.

La morcita.

Estábamos sentados en la "oficina". Ricardo daba su espalda a la puerta cuando esta se abre y entra Memo con una sonrisa pícaro. Me quedé mirándolo mientras pensaba: "¿y este a que viene?". Con un dedo sobre la boca me pide silencio mientras se acerca para quedar parado tras mi amigo. Este advierte esa presencia y sin darse vuelta pregunta: ¿quién es?.

- "Lnha pnholícíha".

Memo habla gangoso, tiene labio leporino y su pronunciación lo caracteriza. Oírlo es reconocerlo.

- Dejate de embromar Memo.

Y el bravo petiso, de larga fama guerrera ganada en callejones y prisiones, lanzó la frase que lo perseguiría desde entonces.

- "¿Cóhmo mhe rehconocihó?".

Debíamos hacer la casa para Rodolfo y Eduardo. Por eso comenzar ese mismo día a fabricar banquitos me parecía dispersar recursos y esfuerzos.

- Con esto vamos a empezar - me mostró un montón de cosas.

- ¿Te parece empezar ahora?

- Hacemos los tornillos, los pasamos por las varillas y les ponemos esa tela. Es fácil y terminamos pronto.

Ricardo contesta lo que quiere.

- Está bien.

"Será esto lo autogestivo", pensé. Que iba a hacer.

En esa mañana soleada el patio mostraba un movimiento diferente. Sobre todo era evidente la inquietud de Fabián. Sé sabía protagonista de un suceso trascendente: integraría el primer emprendimiento productivo de "Nuestra Casa". Lo habían

designado para hacer los tornillos de los banquitos. Luego acompañaría en la venta casa por casa.

- Fabián, traé el serrucho.

Allá marchaba a buscarlo.

- Fabián, trae la hachita.

Y corría con su rápido paso corto y oscilante. Empezaba a bracear antes de caminar y realizaba mayor número de braceadas que de pasos.

- Acá está. Donde corto.

- No, dejame a mí.

- Le sostengo.

- No, te puedo cortar.

- Empujo de este lado.

- No.

A un pesado olmo, que regaba sombras en el fondo del patio, le cortaron una rama baja y gruesa. Y sobre una superficie nada lisa clavaron la morcita. Pequeña, la más menuda que se pudiera pensar. Cuando la compramos, con esos dineros que salían de "cualquier lado", no tuvimos más remedio que elegirla barata. Como su utilidad primaria era apretar unos cañitos mientras le hicieran una rosca, no nos pareció desatinado su tamaño.

"Así empiezan las grandes obras" - dijimos de ella - "con pequeños recursos". La morcita al fondo del patio, casi colgada del árbol, fue durante buen tiempo el fiel recordatorio de la pobreza de nuestro primer intento de empresa social.

- Decime Ricardo, ¿no habíamos quedado en que íbamos a llevar las medidas de la puerta del ranchito?

- ¿Quién la quiere?

- ¿No te acordás?. Toso. Dijo que podía tener alguna usada, tirada por ahí.

- Y bueno... midamos una de estas.

- Fabián - apenas sonó su nombre ya estaba junto a Ricardo.

-¿Sí?

- Vamos a medir esta puerta.

- ¿Con la cinta?

- Está en la cocina. Traela.

Allá fue con sus particulares y bamboleantes movimientos. Volvió rapidísimo, tanto que debió pasar como una tromba por la cocina, sin atender a nadie, pechando cocineras y operadoras hasta llegar a la cinta, tomarla y regresar.

Por propia iniciativa empezó a medir. Aunque todos comentaban la ubicación de la morcita yo no podía dejar de observarlo. Como tomaba medidas del alto y ancho.

Se cuadró delante del Richard. Soldado disciplinado.

- Ya está - le dijo serio y satisfecho.

- ¿Mediste la puerta?

- Sí.

- Esperá que anoto - sacó mi amigo un papel del bolsillo y se dispuso a escribir - ¿cuanto de alto?

- Dieciocho metros.

¡Esos si que eran proletarios!

El "ranchito".

Una tarde fuimos con "la banda" al terreno que Juancho había ocupado.

No era solo él quién había ingresado en ese descampado, sino todo un montón de familias. Ya habían parcelado "a ojo" sus solares y estaban iniciando, los más emprendedores, la serie de construcciones precarias que luego sería el nuevo barrio.

Pero como ahora nada sale gratis, el "mesmo" Intendente los había conminado a retirarse. Se decía que vendrían maquinas topadoras para arrasar con lo que se enclavara. Es que esos terrenos estaban muy próximos a la Cárcel local y hasta el Ministro de Gobierno, otro "becho", había llamado la atención sobre la inconveniencia de permitir ese asentamiento. Y debía ser verdad, porque apenas si habían dejado una calle entre la cárcel y las futuras construcciones.

- Por donde empezamos.- Jorge quería terminar rápido. Temía problemas.

- ¿Yo que hago? - preguntaba Fabián. Nadie le respondía.

- Vamos a comenzar fijando los postes - Ricardo tomó la dirección de la obra - pero antes aseguremos que este terreno empieza y termina donde dice Juancho.

Fue una delegación a hablar con los vecinos. Tres adelante, dos en una segunda fila y luego el resto de a uno. Tras consultas y correcciones se delimitó un perímetro con alambre.

¿Que habrá pensado esa gente de nuestro extravagante grupo?. Porque éramos "inconfundibles". Fabián, Juancho, Sergio, Eduardo. Hasta el Tito entre otros. Me hubiera gustado quedarme, pero estaba comprometido en buscar verduras.

- Tengo que hacer unas cosas - dije descorazonado - pero termino y vuelvo.

- Andá nomás. Si hay algún problema te mando avisar.

- No creo que haya ninguno. Pero si los de la Municipalidad viene a desalojar no discutas. Acordate que les debemos mucho.

- Andá tranquilo, que no voy a discutir. A ver si se "cabrean" y mandan cobrar a mí casa que les debo desde enero. - Ricardo y sus ocurrencias.

Volví cuando me desocupé, recién al caer la tarde. Y no lo podía creer. Ya se habían sujetado todos los postes y travesaños y estaban levantando las paredes con cantoneras.

- Che, ¡Qué bárbaro!

- ¿Que no...? - Fabián estaba agrandado.

La cuadrilla, mezcla de clan y pandilla, se había incrementado. Parecía que todos los de "la casita" estuvieran allí. La Mirta, La Celia, La Josefa.

- Dame otro clavo que este se dobló.

- ¿Viste que boñudo el clavo?. Se dobla.

- La puta..., me pegué en el dedo

- Es el martillo. Busca los dedos. Que cosa, ¿no?.

Había un clima festivo. Daba gusto. Pero llegaba la noche. Por la mañana continuaríamos

- Bueno, vayan juntando todo que acerco a los que puedo.

No me hacían caso y Ricardo intervino.

- Vamos, no escucharon. O están clavados como los palos.

Amontonaron prolijamente las cantoneras, juntaron los clavos desparramados y las herramientas que habíamos traído, cargaron el baúl del viejo "falcon" y en un instante estábamos listos para emprender la gloriosa olímpica retirada.

- ¿Quién viene en auto con nosotros? - preguntó Ricardo reforzando él nosotros..., por sí las moscas..

- Yo. Yo no. Yo. Yo...

Al fin se armaron dos grupito. Los que iban a pie salieron primero. Lo que se dice, la avanzada de la Barancaleone. Temibles.

Estaba por arrancar cuando vi su perfil dibujado en las incipientes sombras. Sentadito dentro de la casucha a medio construir. Callado. Mirando al frente.

- ¿Quien es ese?.

- Es Juancho

- Bajo a buscarlo

- No. Dejalo. Volverá solo.

No volvió. Debe haber quedado así toda la noche. Sonriendo.

Lo encontramos a la mañana siguiente en el mismo lugar. Recostado en el suelo, apoyándose en su pared de madera. Con aquella misma expresión y la mirada satisfecha. ¿Contemplaba su casa en construcción o su pasado?.

Era la primera vivienda propia que tendría en su vida. A los 60 años.

- Justamente los Jueces dicen que la cárcel no es un Hospital. Así que tendremos que aguantar.

- ¿Y si nos golpea?. Yo no me voy a dejar pegar.
- Ni lo pienses. La gente siempre responde a como se la trate.
- Por eso mismo lo decías, ¿no?... - intervino un tercero.
- Dejate de decir chistes, ¿querés?.
- Además viene por unas horas y con custodia.
- Si, pero si anda bien se va a retirar la policía. ¿Y entonces?.
- Si anda bien no habrá problemas. ¿O no?.

Así hasta que llegó. El primer "Judicial". Nadie quería perderse el "desembarco"; ni los profesionales ni los operadores. Todos esperábamos a esa persona temible que arrastraba no una sino dos rotulaciones: loco y delincuente. Un peligroso.

Del trato al loco habíamos ido aprendiendo. ¿Pero de estos...?

Mirábamos por calle Los Andes hacia la Alcaldía. Cuando dobló una camioneta policial en la calle Maipú se hizo silencio. Acababa la fase especulativa. Todos intuimos que allí venía. Venía. Venía.

- ¿Quedará bien que estemos todos parados en esta esquina?.
- Vamos para adentro

Por suerte dijo eso; Porque si exclamaba "rajemos" se armaba ahí mismo una estampida.

- ¡Ah sí!.
- Mirá la Josefa.
- ¿Que le pasa?
- Quiere decirnos algo

Josefa es *casi* muda. El casi consiste en que cuando decide comunicarse, empieza a dar grititos. Y vaya a saberse por que raro fenómeno acústico-telepático, siempre termina haciéndose entender.

- ¡ Ah, Ah, Ah. !
- Que justo ahora no intente improvisar un discurso de bienvenida.
- No. Pobrecita. Dice que viene.
- ¿Eso dice?.

Algunos usuarios empezaron a entrar. Mirarían por las ventanas. Nunca simpatizaron con los policías. Algunas palizas.

- Ya están aquí.
- Por que será que nunca faltan relatores.
- Buenos días - desde el vehículo un policía saludó formalmente.
- Buenos días - fue un coro disonante.
- Es aquí lo de Salud Mental.

El pobre policía no sabía que pasaba. Habrá pensado: "Y entre todos estos, ¿quien es el responsable?"

- Si - por eso respondí rápido.
- Tenemos orden de traer a Luis.
- Lo estábamos esperando - como si no se hubiera dado cuenta. - Que baje nomás.

Descendió ese policía tratando de mostrarse animoso. Caminó hacia el ingreso. Todos lo seguimos. Antes de entrar quiso pararse. Iluso. Cuando se dio cuenta que estaba en una "correntada" giró su cabeza y con ojos suplicantes miró al compañero aun

El "Peligroso".

Los que vivimos en el Alto Valle siempre estamos a la espera. Esperamos las estaciones del año, pasar del gris al verde, que llueva o que no hiele; los tiempos de la siembra, de las curas de los montes, de la cosecha. Se mira al cielo por la noche tratando de "catar" el clima y medimos la temperatura del aire esperando adelantarnos a las heladas, al viento, al granizo. Oscilamos en los viejos ciclos de la siembra y la cosecha, el nacimiento y la muerte.

También Nuestra Casa viviría sus ciclos, sus cambios. Estábamos todos esperando.

- Viene uno solo.
- ¿Serán malos?
- Ya lo dice el dicho, "solo como loco malo".
- Déjate de embromar que hablo en serio
- Son asesinos.
- Les dije que dejaran de Joder...

Ese era el tipo de conversaciones que se escuchaba esa mañana. Aunque alcanzaba para la risa yo temía las consecuencias del cambio. Imperceptiblemente, ineludiblemente, estábamos creciendo.

- No tenemos que dejarlo entrar.
- Hay una orden Judicial.
- No importa, no lo dejamos entrar y que se arme la podrida.
- No se puede. El Juez es Dios.
- La culpa la tiene el Pepe. Siempre diciendo que sí.

Escuchaba nitidamente. Era cierto. Nunca había querido reglamentar el ingreso a Nuestra Casa. Tenía la impresión de que si definíamos las personas que ayudaríamos al fin ningún caso entraría en ella. ¡Lo había visto tantas veces!. Damos una excusa y terminábamos generalizándola.

- No, es el Juez. Se dio cuenta que aquí tiene una salida para sus presos.
- ¿¡Pero esto no es una cárcel!?.

sentado al volante. Apabullado y con un torrente de gente empujando fue sumergido en la puerta.

- Tiene que firmarme la entrega. Quedará un custodio.

- Está bien.

Firmé un papel y se lo devolví sin leer. Se lo puso en el bolsillo de la camisa. "Porque usa el más difícil de alcanzar", pensé. Y no tuve mas tiempo, porque vi que quería retornar bien paradito a la vereda. Reiluso. Otra vez nos fuimos todos con él. Y sí, alcanzó su objetivo: trastabillando y a saltitos cortos llegó a la calle. Fue en vaivén con oscilaciones.

De pronto se abrió la puerta trasera de la furgoneta. ¡Caray!. Paró el murmullo. Que lastima que no fuera una película. Se hubieran escuchado clarines y trompetas.

Desde el fondo de la caja metálica oímos el mandato:

- Bajá.

Y una voz susurrante contestó:

- ¿Aquí?.

- Sí, dale.

Apelotonados, esperamos. Me pasó por la cabeza la idea de que estábamos presenciando de costado una obra de títeres. Alguien, con ojos entrecerrados, asomó la cabeza del furgón. ¿Empezaría un espectáculo circense?. ¿Habría?. ¿Daría vueltas careros?. ¿Bailaría?. Ese instante de expectativa me parecieron horas, luego decenios, al fin siglos. Por fin el tiempo se detuvo. Todavía lo tengo clavado en el alma.

¿Pero como...?. Nadie dijo nada pero juro que se exclamó: "¡Casi un ser humano!".

Manteniendo el cuerpo encorvado saltó a la calle. Pasó de cabeza a ser cabeza con cuerpo y todo lo demás. Mientras giraba, como en cámara lenta, se fue irguiendo. Finalmente quedó frente a nosotros. Retrocedimos instintivamente. ¿Volteamos a la Josefa que fisionaba ultima por sobre el hombro de Eduardo?. ¿Y ahora?

Despertamos. La realidad nos apartó del sueño como la adolescencia aparta de la niñez.

Al fin lo teníamos ahí. Chiquitito, morochito, sin dientes. Cara de pícaro y medio narigón. Bocha pelopincha con un mechón rebelde cayéndole sobre el ojo derecho. Nos midió a todos de arriba abajo y con voz tenue, labial, pastosa, arrastrada, de ebrio burlón, nos dijo confianzudo:

- Me dan un cigarrillo.

El exorcismo.

El equipo se reunió para escuchar a Adriana. Nos debía contar su viaje a Santiago del Estero. Había acompañado a Karina y sus padres.

- Bueeenas - con esa e estirada, su sonrisa y un gesto, nos prometió un jugoso relato.
- ¿Que pasó?
- ¿Te dio trabajo?
- ¿Cómo es un exorcismo?
- ¿Y Karina?
- Paren, hablen por turno - quise poner orden en la reunión.
- Había tres exorcistas, pero solo uno, un cura, hacía la ceremonia. Había una larga mesa en una pieza y allí pasaron muchas horas encerrados. Yo no pude entrar a los rituales. Quería, pero no me dejaron.
- ¿Y los otros dos exorcistas?
- No sé. De uno se decía que era Psicólogo - me miró.
- No vayas a creer. Yo no era - este tipo de chiste me distiende. Me los dedico.
- No. Usted no cree.
- ¿Y.. ?
- Las cosas se movían. Nadie las movía pero se movían.
- ¡¡Dejate de Joder! - algún sensible incrédulo afectado no pudo contener el exabrupto.
- Sí. Karina gritaba y gritaba en lenguas extrañas. Otras diferentes a las que aquí hablaba.
- Pero si no entraste.
- Pero la escuchaba.
- ¿Y ustedes donde vivían?
- Vivíamos en un hotel cercano a la Iglesia donde se hizo el exorcismo. Fue una semana de ir a la Iglesia, esperar y volver.
- ¿Vos que crees?
- Me miró.

- Dijeron que había mas de noventa demonios dentro de ella. Y que solo pudieron sacarles setenta; mas o menos. Pero las cosas se movían.

- ¿Estabas tranquila?

- Yo estaba impresionada.

- ¿Y los padres?

- Los padres se peleaban, pero esa es otra historia.

- Señoras y señores - no valía la pena hacer una reunión científica - se termina la reunión de equipo. Los que quieran pueden irse, los que no, sigan hablando.

Nadie se paró. Nadie se fue. Todos nos quedamos fuera de hora

- Decime, ¿es cierto...?

Sobre diablos y sapos.

Venía de Allen y se me ocurrió entrar a la chacra de Karina. Quería saber porque no la estaban llevado al Centro Comunitario.

Apenas pasé la tranquera se vinieron los perros. Siempre hay perros acompañándonos en nuestro trabajo. Pensé lo mismo de siempre: "si me encajo en alguna alcantarilla no bajo. Muero de hambre.". Seguí avanzando en medio del alboroto canino. "¿Qué vida de perros lleva esa chica!".

Traté de acercarme lo más posible a la puerta de casa. Detuve el motor. Esperé. La perrada seguía mostrándose amenazadora. No quería tocar bocina; no debía mostrarme fastidioso. Era imposible que no me hubieran escuchado.

Comencé ha arrepentirme: "Para que habré entrado". "¿Y si ahora no puedo retroceder?". "Como se me viene a ocurrir esta visita domiciliaria". "¿Pero si seré...!".

- Buenos días.

- Buenas - me alivió esa presencia que pondría orden en la jauría.

- ¿No baja?

- Es por los perros... ¿vio?

- No hacen nada. ¡Fuera Salmón!. ¡Fuera perros!.

"¿Que salmónes?. ¡Pirañas!". Bajé. Hablaba con la madre de Karina aunque ella miraba insistentemente hacia otro lugar. Me costaba llevar adelante la conversación.

- ¡Y Ud. que no creía...!. - sonrió ganadora cambiándome de tema.

- ¿No creía que? - no tenía la más mínima idea adonde quería llegar.

- No creía. Pero vea ... - empezó a caminar.

- ¿Ver que?

- Venga, mire.

Tuve que seguirla hasta una pequeña acequia casi tapada de yuyos. Los claros y oscuros de sombras y sol se enredaban sobre el lugar.

- Mire. ¿Ve? - insistía en señalarme un lugar lleno de hojas.

- ¿Que veo?

- Eso - señaló con el dedo. - Agáchese. Ese sapo.

- ¿A ver?- me acerque mas y lo vi protegido, vigilante, a punto de saltar y escapar.
Un señor sapo. Inconfundible.

- ¿Que tiene que ver?.

- Lo expulsó.

- ¿Como que lo expulsó?.

- Se sintió mal al levantarse, fue allí, se agacho y lo descargó.

- ¿¡Al sapo!?.

- Si, no lo ve. Es de ella. Si tiene esa piel.

Veía el sapo. Pobre Karina, por eso no había ido a Nuestra Casa.

Entramos a la vivienda. Noté que estaba hinchada, con la piel reseca. "Siempre una nueva".

- Hay que llevarla al hospital - no di explicaciones.

La piel de Karina se había ido poniendo cada vez mas marchita. Se descamaba de manera impresionante. Padece un síndrome de insuficiencia renal. Pero ese diagnostico era de los médicos. Había otros. Parecía la protagonista de la película "El exorcista". Para colmo. redoblaba con su hablar ininteligible, como en otro idioma. Y esos ojos vivos que le daban un indiscutido aspecto demoníaco.

- ¿Será cierto? - miró el techo de la Sala, como rogando.

- No sé, no sabría que decirle.

- Hasta ayer estaba bien. ¿O no?.

- No se preocupe, está bien atendida. Y los médicos suelen equivocarse.

- Yo sé que hacer...

- ¿Que hará?.

- Doña Etelvina. Ella sabe curar los daños. Voy a pedirle que venga.

¡Que brutos!. Le habían dicho, o había entendido, que su hija tenia solamente 48 hs. de vida. ¿Yo que podía hacer entonces ante esa extrema ocurrencia?. A lo mejor... .

- Está bien. Si a usted le parece.

Me fui por el pasillo pensando en ese plazo perentorio cuando apareció el Dr. Sincero, el del pronóstico ominoso.

- Carlos.

Como mi voz pedía explicaciones, de pasada nomás empezó a hablar.

- Yo creo que le han dado a tomar yuyos y le provocaron una insuficiencia renal.

- ¿Será?.

- Seguro. Y la debieron bañar con ellos también.

Me recibió y despachó con esa explicación. Siguió por el pasillo. Rápido. Y como había aparecido, desapareció. "Alguna urgencia o es un flash". Nunca pude interrogarlo sobre las veinticuatro o cuarenta y ocho horas de vida que supuestamente había pronosticado.

Al día siguiente llego a la sala y lo primero que veo es una sonrisa triunfante rebotando en la cara de la madre.

-¿Como anda Karina?

- Bien. Le hizo bien la sanación.

- ¿La sanación... ?

Me contó. Doña Etelvina había oficiado al anochecer. Rezó al pie de la cama y otras cosas. Y que luego Karina había mejorado sorprendentemente.

Por supuesto el Dr. S. afirmó que fueron sus intervenciones médicas las que devolvieron los riñones a un funcionamiento normal. Pero quién disuade a esos padres aplicados.

Ya no quisieron que su hija estuviera internada. Nunca más. Pero la dejaron con nosotros en "la casita".

La atención de Karina en Nuestra Casa nos obligó a construir la pileta del baño. Desde entonces decimos que esa bañera baja es "cosa e' mandinga".

- ¿Que tal anda? - pregunté a las operadoras encargadas de su cuidado.
 - Funciona. Se le va la hinchazón.
 - Sí. Si se la baña y se le deja en agua tibia por un tiempo y si se la acaricia y se la cuida, se le va la erupción cutánea.
 - ¡Miren tanto lío!. Casi se muere.
 - Pero ahora los padres la volverán a llevar. Ayer enterraron un bicho bajo una higuera. Y van a decir que se curó por ese entierro.
 - Y bueno. Nada podemos hacer.
 - Me contó un milico de Cipolletti que en una carpa se juntaron como mil personas para rezar por Karina. ¡Quién les saca a esos mil que no fue por ellos que se curó!
 - Sí. Se están haciendo famosos. No vamos a poder cuidarla... ni retenerla.
- Efectivamente. Karina se fue a los pocos días. Nunca la habíamos visto en mejor estado. Mejor dicho, no la vimos nunca más.

“Actus interruptus”.

Un acto solemne, autoridades, invitados especiales, figuras de renombre nacional e internacional en Salud Mental. El aula magna de la universidad estaba colmada. Y en primera fila, Miguelito.

“No debería llamarse Miguelito Parrada sino Miguelito Huevada” - había dicho Ricardo en alguna de sus ocurrencias.

El locutor oficial estaba haciendo la presentación.

- Señoras, señores, autoridades, alumnos. Damos comienzo con este acto...

- Pchs.

Se detuvo. Miró por arriba de sus lentes. Miguelito.

- Decía, que en este acto vamos a....

- Pchs - demandaba atención con persistentes chistidos.

Ni que hubieran sido petardos. Se despertó un murmullo. Sorpresa, sonrisas, nervios.

El anunciador debía tener nula experiencia con “locos” y seguramente habrá pensado que había sido elegido incorrectamente para esa función. No conocía a los usuarios del Servicio pero no podía haber dudas que Miguel era “de los nuestros”. Su pinta, estampa atrevida, no dejaba lugar a dudas. Ni a simples sospechas.

Me imagino sus pensamientos: “como es esto de traer los locos al curso”. “Si lo obligo a callarse podría estar desconociendo algún derecho o alguna costumbre”. “ Si respondo con una ironía o hago un chiste podría ser acusado de persona hiriente”. “¿Justo a mí me viene a pasar esto?” “¿Y ahora que digo?”. Casi como un psicoanalista interpretado en una sesión.

Con seguridad era la primera vez que sobrellevaba esta situación; alguien pidiendo la palabra al inicio mismo de un acto tan trascendente. Y para colmo, ese tipo.

Al fin de un silencio interminable, con todo el auditorio esperando una repuesta, pudo este hombre balbucear:

- Essste... ¿sí?

- Yo quiero decir unas palabras.

De sentado nomás largó su sentencia. Suelto, como siempre. Y los que lo conocíamos, sabíamos que a continuación se pararía como orador consumado para declamar al auditorio.

- Esta bien, hable - dijo el pobre animador mirando a todos lados para constatar aprobación o rechazo a su permiso. Me parece que se puso colorado.

- Yo me llamo Miguelito - efectivamente se irguió cuando empezó a hablar y girando dio frente a la concurrencia - y soy de Salud Mental. De chico me dejaron y me criaron unas señoras que después también me dejaron. Y estuve internado en el manicomio de Allen. Por eso agradezco mucho a la Eva, la Julia y a las demás chicas que me cuidan. Y a Laurita y a los psicólogos que me dan una mano. Creo que este curso es importante porque se va a contar a mucha gente las cosas que se hacen y que nos ayudan.

- Gracias Miguel - con la mejor buena voz grave de locutor.

El agradecimiento sonó falso. Era un intento por hacerlo sentar. Vano esfuerzo. No lo conocía, evidentemente.

- Yo de chico iba a la escuela y ahora quiero ser enfermero, terminar secundario y estudiar enfermería en la universidad - lo decía todo con su cursi voz disonante.

- Me parece bien. Gracias Miguelito.

- Pero sin Salud Mental no podría estudiar. Por eso agradezco a la Gladis... - dale maraca. Nunca se daría por vencido.

De un rincón del salón la misma Gladis le espetó:

- Bueno Miguelito, hacela cortita.

Esa era la voz. Pobre Sinatra.

Todos giraron la cabeza para ver de quién venía el mandato. Muy pocos lograron individualizarla. Solo los que la conocíamos. Estaba sentada al fondo, sobre un rincón. Se comportaba como una más de los que buscaban con la mirada. Hasta miró a los lados. Pero bastaron sus palabras para que ese pintoresco personaje se sentara, muy satisfecho.

Ya Miguelito estaba tranquilo. Ya se podía retomar la presentación. Respiró hondo el buen presentador y prosiguió el preámbulo

- Autoridades, señoras y señores...

- ¡Ja, Ja, Ja... !.

La carcajada terminó por derrumbarlo. Manoteó en el aire porque se le cayeron los lentes. Dio la impresión que lo sostenían ó se caía. Estaba rendido. Quedó con la boca entreabierta, parado al frente, mirando esa fatídica primera fila. Pidiendo clemencia. ¿Habría medido la posibilidad de irse?.

Uno de los invitados especiales, un Director de Salud Mental Provincial, el Chacho, se estaba destornillando de risa.

Compromiso.

Lo de Adriana fue sorprendente. Nadie hubiera esperado que pudiera hacerlo. Con Karina había mostrado un gran compromiso, pero lo realizado con el hijo de Mirta fue asombroso.

- Esto no puede ser - decía una Operadora - yo cumplo mi horario y al irme, cierro la puerta y basta.

- Pobre Adriana. Eso le pasa por ser buena.

Luego de tres meses de tenerlo en su casa, ahora debía llevarlo a un Hogar de menores. Habíamos hecho el intento de cuidar la relación Mirta-hijo y llegábamos a ese final sin haberlo conseguido.

- ¿Y quién se lo va a decir a Mirta?

- El defensor va a tener que venir a hablarle.

Ella arrullaba al chico sin participar en las conversaciones. Lo había envuelto con una mantilla y tenía la sonrisa diferente que suelen mostrar los que están mas allá de la aflicción.

- Adriana - no sabían que decirle - ¿vos vas a llevarlo?.

- Claro.

No mas palabras.

Ellos, los usuarios, los principales protagonistas de nuestros dramas cotidianos estaban reunidos, de a dos o tres; mirando, esperando Ellos también participaban, a sus maneras. Cuando algún suceso importante trastocaba el transcurrir rutinario de la casita, se colocaban en actitudes de quietud y expectativa. La vieja manera de aceptar sus destinos.

- Vení, vamos atrás que quiero hablarte - le dije a Laura.

Fuimos por el pasillo y entramos a la oficina. Estaba Eduardo.

- ¿Ud. que hace Edu?.

- Vine a ver el chico.

- ¿Acá, en esta pieza?

- No. Nada.

- Bueno vaya. Y no se quede solo en este lugar que hay muchas cosas. Después faltan y le echan la culpa.

- ¿No tiene una monedita?

- No. Vaya nomás.

Salió. A lo mejor no aguantaba la espera con los demás. Cerramos la puerta.

- Como la ves a Adriana - pregunté.

- Yo la veo bien. Pero se ha encariñado. Me parece.

- Vamos a estar atentos. Cualquier cosa que suceda la llevamos a su casa y nosotros lo entregamos al Hogar.

- ¿A vos te parece que estuvo bien esto?

-¿Que haya tenido ese chico en su casa?

- Sí.

- No sé.

- Yo no lo hubiera llevado.

- Y no lo llevaste. Ella si lo podía llevar y lo llevó. Así es con las personas.

- ¿Pero debe una Operadora llegar a tanto?.

Nunca tuve esa repuesta.

- No sé. Lo único seguro es que no se puede obligar. Pero trabajamos con seres humanos. Quererlos y odiarlos es natural. Lo importante fue que mantuvimos un proceso curativo a pesar de todo.

-¿Que sé yo?. ?. ¿Para que me llamaste?.

- Quería ver si pasaba algo que yo no supiese - no le dije que necesitaba hablar con alguien. A diferencia de Edu.

- No se nada. Ella vino y ahí está sentada. Con ese chico en brazos. Su hijo durante tres meses.

- Bueno. Entonces que lo lleven al Hogar - me sonó como si hubiera dicho "para que no siga sufriendo". Una eutanasia.

Salió. Sentí movimiento de gente y luego silencio. Me la imaginaba cruzando la plaza.

Me quedé pensando sobre lo que dábamos en nuestro trabajo. Se nos contrataba para actuar como Psicólogos o como Operadores de Salud Mental y terminábamos cumpliendo la vieja función de ser humanos: tratar a los otros como nos gustaría que nos trataran.

¿Pero... la maternidad?. ¿Fue un exceso?. ¿Debía Adriana ofrecer lo que dio por su sueldo?. ¿O ella lo dio por otra cosa?. Y si no lo ofrecía, ¿no hubiera sufrido acaso?. También sufrimos por lo que no damos.

El rol, el rol..., si al fin con uno u otro sufrimos.

Sufriendo, compartiendo el dolor, hicimos nuestro trabajo, nuestro camino.

Trabajar aquí es cosa de locos.

Lo noté serio y callado hasta el cierre de esa reunión de equipo. Lo había presentado como el nuevo psicólogo.

- Chau Pepe. Hasta mañana - me saludó.

- Chau.

Iba a salir por la puerta principal de "la casita" cuando se detuvo y regresó. "Habrá olvidado algo", pensé.

- ¿No te vas?

- Sí, pero me olvidé el casco de la moto en la oficina.

Siguió por el pasaje interno donde empezaban a escucharse voces imperiosas. "Dale Jara, salí del baño". "¿Que haces Jara?". "Jara".

El baño de Nuestra Casa da a un pasillo que lleva a la "oficina". Me acerque curioso por ese griterío y lo vi parado ante él. Estaba tratando de escuchar. ¿Le hablaba?. Tanteó el picaporte, entreabrió la puerta, abrió e inclinándose, despacito, introdujo la cabeza.

¡Shzzasss!. Jara le dio una trompada. Debe haber sido sorpresiva, rápida, seca. La escuché desde buena distancia.

Dio un saltito atrás y se agarró la boca. Miró a todos lados y no nos dijo nada. Pasó sobresaltado en retirada. Aseguraría que se fue sin el casco.

Al día siguiente estábamos con Juan Pablo tratando de calmar a Memo. Serian las 8.30 hs. La situación estaba "pesada". Nunca habíamos podido encontrarle la vuelta a sus descontroles. Podía terminar mal

- Memo. ¡ Por favor!. Salí de acá y quedate en el Salón. Este no es tu lugar.

- ¿Y cual es mi lugar?. Yo me quedo donde quiero.

- Allá está tu lugar. En el Salón.

- Yo allá no voy.

- Si no vas tendremos que llamar a la policía.

La palabra policía le producía un efecto efervescente. Le brillaron los ojos y pensé que saltaría sobre nosotros.

- ¿Te vas? - Juan Pablo remachó. Midiendo mas de un metro ochenta y cinco, su anatomía le prestaba "coraje" para insistir en situaciones como esta.

Se fue.

.Quedamos apenas un instante en la oficina comentando lo ocurrido antes que él decidiera salir.

- Voy a buscar su Historia Clínica - dijo ya en el pasillo.

- Cuidado con... .

No alcancé a terminar la frase cuando sentí un ruido fortísimo. No vi nada más. Juan Pablo corrió fuera de mi vista y tronó el escándalo. Memo había tirado un vaso de vidrio que reventó contra la puerta del fondo. Debió haberle pasado, como un misil, a centímetros de la cabeza. Salí al pasaje. Era "La" pelea. En el suelo se revolcaban los dos. Hubiera querido ayudar a calmarlo, pero antes de intervenir ya la lucha había terminado con Memo sujetado bajo noventa académicos kilos.

- Traigan dos Nozinan inyectable. Y apuren - gritaba Juan Pablo.

- Te voy a matar. Después te mato - desde el suelo Memo bramaba desahogado.

Mi amigo le había "tirado" encima todo su cuerpo y le sostenía los brazos con sus rodillas. Al correr a tomarle las piernas pude ver la puerta de entrada. Ahí estaba el nuevo psicólogo. Había entrado justo en ese momento de crisis. Pálido, clavado al suelo. Crispado.

Pasó todo. Nuestros ánimos se serenaron. Pronto olvidamos el incidente. La dinámica de "la casita" nos reclamaba atentos a otras cosas. Memo se fue a su casa. Retomamos la rutina. Iban llegando otros usuarios.

Me encontraba en la oficina, de pie, hablando con la mamá de Rubén. Este, Débil Mental, apoyado contra la pared nos escuchaba con su boca abierta. Como no había espacio, quién entrara y quisiera pasar debía cruzarse entre nosotros. Se abre la puerta exterior e ingresa el psicólogo. Campechano. Como no queriendo interrumpir. Tratando de sortearnos rápidamente. Pero Rubén le larga un cachetazo y le pega en la nuca. Como no lo esperaba, nada pude hacer para prevenirlo. Me sorprendió. Para colmo intenta tomarlo del cuello. Nuestro nuevo compañero, desconcertado, manotea defensivamente, se refuerce, esquiva. Se agacha a lo rana y pasa enredado. Indignado observa a su agresor.

- ¡¿Pero que te pasa loco?! - exclamó fuera de sí.

Miré a la madre y tragué saliva.

Llegó con atraso a la reunión de la tarde. Se sentó mirando el suelo. Sentí que debía atenderlo.

- Bueno, ¿qué tal estos primeros momentos con nosotros? - fue la frase más inoportuna que se me pudo ocurrir.

- Miren - se hizo un silencio sepulcral - no es por nada y no quiero que se ofendan, pero me parece que esto no es para mí. Yo estaba dispuesto a estudiar para mejorar mi rendimiento, pero ahora siento que debería ir a hacer pesas.

El asado

Pinchó el chorizo y saltó un chorro de grasa. Se manchó la camisa. Se pusieron rojas sus mejillas cuando se disculpó en un italiano castellanizado. No tenía por que haberse metido.

- ¿En Italia no están vivos?

Hugo, que lo conocía, podía cargarlo. El Intendente de General Roca miraba sonriente.

- ¿Hay chorizos en Italia? - Laura preguntó nada mas que para desviar la atención.

- Come no.

- Pero muertos. ¡Eh Franco! - Hugo la seguía.

- No cargare, no cargare...

¿Y si el tano engranaba?

- Allí Diana - Hugo le señaló en la parrilla una puntita de carne bien asada. Ella cortó y comió.

- ¿Ya tiene su cuota mensual de proteínas? - hicimos referencia a su flacura. No la ofendíamos. La tenía asumida.

- Es que esta carne no se encuentra en Europa. Además estos cortes tampoco existen. Si querés hacer un asado tenés que ponerte de acuerdo con los que la comercializan para que te preparen los costillares. Y explicarles.

Mientras hablaba, se le fue acercando el Intendente. Todos a pellizcar. Y cuando lo tuvo al lado, esa hábil italo-entrerriana cambió de tema. Le espetó:

- ¿Sabía de la experiencia de Salud Mental?. Estos muchachos están haciendo un intento interesantísimo.

- Laura me ha contado algo.

- Hugo y Pepe deberían contarle bien. Lo que ahora necesitan es dar ocupación laboral a los usuarios - profundizaba.

- ¿Eso es importante? - debió parecerle extraña esa preocupación por el trabajo. ¿Y que sería eso de usuarios?.

- Si, es importante - Hugo también se había colocado a distancia para poder intervenir.

- ¿La municipalidad no los necesitaría para cumplir con algún Servicio?. - Diana preguntaba directamente, sin vueltas. El Intendente empezó a masticar rápido para liberar su boca. Había entendido el pedido.

- ¿Si...?

- Digo..., no podrían emplear a algunos en trabajos de limpieza de plazas o edificios, por ejemplo.

Tragó. Miró a Raúl. Se notó que alguna vez habían hablado del tema.

- Y... , tenemos un problema con las vías del ferrocarril.

- Están doblados los rieles - empezaba a crecer la expectativa y alguien rompió la solemnidad. Todos sonreímos. Un alivio.

- Sí, mas o menos eso. Son terrenos de la empresa Ferrocarriles Argentinos y cruzan la ciudad por el centro. ¿Los vio?

- Pasan cerca del hotel.

- Bueno, juntan todo tipo de basura. Hasta residuos domiciliarios. Además, ¡crece un pastizal...!. Hay que limpiarlas.

- ¿Y esa tarea podrían hacerla los usuarios?

- Tengo que consultar y debemos pasar un proyecto por el Consejo Deliberante. Pero tenemos mayoría - como político no podía dejar pasar la oportunidad de señalar sus éxitos electorales. - De todas formas, se firmaría con el Servicio de Salud y no con cada uno de ellos.

-¿Que te parece Pepe? - Diana sabía mi respuesta.

- Algo muy bueno. ¿Mañana voy a la Intendencia y hablamos?.

- Seguro. Vení mañana..

- No te olvides. Anotalo. - Hugo siempre me pedía que anotara las cosas. Su manía.

La alegría nos desbordó. Era un momento especial para el proyecto de Desmanicomialización. Diana lo sabía, Hugo también. Laura casi lloraba. Raúl propuso un brindis.

- Por la primera Empresa Social.

- Por la Armada Brancalione - Hugo nos había bautizado así.

Todos levantamos la copa.

- ¿Per que?- el tano no había entendido mucho.

- Se ha constituido una empresa sociale - le gritábamos como si fuera sordo.

-¿Aquí?. ¿Ahora?.

- Entre chorizos y asado la cocinamos

- ¿Cosí que...?

Nunca hay problemas.

Trabajando en las vías parecían una bandada picoteando surcos. En la otra cuadra yo hablaba con un inspector municipal.

- ¿Que tal los muchachos?. - sobrador el funcionario. Pícaro.

- Bien. Todos bien - que podía contestar.

- Se está hablado de ellos, ¿sabe?. Trabajan como locos - rió por su ocurrencia.

Lo quede mirando mientras pensé: "¿A este lo debe haber mandado el intendente para tener información inmediata?".

- Pero hay que cuidarse Jefe. No se confie...

- ¿De que?.

- ¡Y... !. La gente los mira. Ya se sabe...

- No hay problemas. Nunca hay problemas.

.Estaba en eso cuando de pronto... el "de pronto".

Se armó un alboroto. Un remolino anatómico de piernas, troncos y brazos rodaba por el suelo. En el centro mismo donde trabajaba la cuadrilla. Me escuché rezongar:

- ¡Pero será posible!.

- Allá Señor - unas señoras me señalaban lo que estaba viendo. Se ve que nos conocían.

Sentí mas fastidio que otra cosa. Tendría que aguantar la mirada socarrona del inspector.

- Se están peleando. ¡Dios mío!. - las viejas parecían espantadas.

- Chau. Después lo veo.

Apenas me di vuelta sentí el comentario esperado: "Si se lo había dicho. ¿No?".

En un instante me encontré con ellos. Oscar se desgañitaba chillando mientras Jorge lo sujetaba en la tierra.

- Te voy a matar. Cuando me soltés te reviento. Soltame, te digo... Soltame.. .

- ¿Que pasa Jorge?.

- Es este loco. Siempre buscando roña. Yo aguanté. Pero basta. ¿Pregúntele a los demás?.

Alrededor se encontraban tres o cuatro usuarios mirando la pelea. Como cosa de otros. ¿A quién podría preguntar?

- ¿Que pasó Fabián?.

- Oscar nos quitó un rastrillo y no nos deja trabajar. Jorge le dijo que se portara bien y lo vino a pelear.

- A vos también te voy a matar.

- Esta bien. Déjalo Jorge. Voy a hablarle y vamos a aclarar esto.

- Yo lo suelto. Pero si sigue, la sigo.
- Te voy a reventar - con su voz pegajosa seguía prometiendo contratiempos.
- No vas a hacer nada. Soltalo.

Jorge da un salto y se retira alerta. Sintiendo libre Oscar amaga un contraataque. Lo tomo fuerte de la cintura y lo alejo a empujones. Casi levantándolo.

- Oscar. Pará. Contame.

Lo voy alejando. De reojo veo que a aumentado el número de espectadores. ¡Que macana!

Me arriesgo. Lo suelto y me planto frente a él.

- ¿Que pasó?

Frotó su mano buena por los labios. Secó la saliva que caía de su boca torcida y volvió a su decir:

- Yo lo mato.
- Vamos Oscar. ¿Que pasó?

Aunque infantil y caprichoso, exigente y posesivo, sus reacciones violentas podían controlarse afectivamente. Con aquello que había carecido en su vida transcurrida de cárcel en cárcel y de manicomio en manicomio. Fue por golpes recibidos de anteriores "curadores" que habían quedado hemipléjico.

Tragó saliva, empujó la cara adelante y empezó a dar su versión:

- Yo quería limpiar este lado - me señala un lugar en las vías - pero el se cree que manda y no me deja.

- Mirá - trato de encontrar la salida que requiere su prestigio de "guapo" - si no querés que el té de órdenes yo te voy a encargar el espacio que limpiarás vos solo, sin que nadie te diga nada. ¿Estamos?

- Bueno.
- Allá. De ese pilar para el fondo. ¿Estamos?
- Estamos - y se fue con su caminar desgarrado. Mintiéndole a lombrices y hormigas.

Lo miré alejarse sintiendo la aprehensión de largar un niño a que haga sus primeros pasos.

Pero a Jorge lo había nombrado "capataz". Gran jefazo. Y no podía desautorizarlo así como así. Por lo tanto volví y hablé con todos; con él muy detenidamente. Parecieron entender.

Me estaba alejando cuando escuché al inspector:

- ¿Pasa algo?
- No, nada. No pasa nada. No hay problemas. Nunca hay problemas.

Había ingresado con diagnóstico de Débil Mental. Probablemente lo fuera. Era fácil de convencer a pesar de sus continuas exigencias; pero demandaba mucha atención y dedicación. Había predispuerto a todos contra él.

- No es posible. No se puede trabajar más. Todos están con miedo.
- Pero no podemos abandonarlo.
- Es un vivo...
- Es un delincuente. Hay que ponerle límites.
- No digas eso. Está mal, hay que darle cariño.
- ¡¿ Que va a estar loco?! Es un aprovechador.

Oscar no solo dividió el grupo según opiniones diagnósticas, sino que contribuyó a develar una seria "fractura" en el personal. Traída de la cultura. En el futuro otros sucesos podrían ensanchar esa brecha hasta hacerla insalvable.

Habíamos conseguido de la municipalidad de General Roca el préstamo de una maquina de hacer bloques de cemento y destiné a Oscar y "Peñi" para que inicialmente comenzaran a trabajar en ese emprendimiento. De esa manera no solo tendría una ocupación sino que lo sacaría de Nuestra Casa donde despertaba tanta repulsa.

- El pobre Peñi lo tendrá que aguantar.
- Mejor que no vaya. No es justo.
- Voy a ir a verlo - ya me tenían cansado esas opiniones.
- ¿A Peñi?.
- No, a Oscar. ¿Dónde anda?
- Ahí está el señor. Descansando en su pieza.

Todo era cierto. Una sensación de inminente tormenta nos embargaba permanentemente. Hasta los usuarios estaban incómodos. Ricardo parafraseando a María dejó para el recuerdo uno de sus dichos: "El Eguardo anda bien, pero el Ocarcito... en cualquiera momento cualquiera cosa".

Camino a su habitación sentí un pequeño ruidito. Un raspón. Entré.

- ¿Que haces Oscar?.
- Estoy escribiendo mi nombre para que no me olviden.
- ¿Tallándolo en la puerta del placard?.
- Es mio.
- No, es de todos.
- Y a mí que me importa.

Le cambio el tema,

- ¿Que pasa con la bloquera?.
- Yo trabajo si Jorge no está.
- No estará. Él es el encargado de la vía.
- ¡Ma' que encargado!. Es un boludo.

Vuelvo a cambiar de tema. Apelo a su atención lábil.

- ¿Vas a ir?.
- Si.
- También irá Peñi.
- Yo trabajo solo.

Me quedé pensando en su afán por estar solo. Así había estado toda su vida. ¿Elegiría o se adelantaba a su destino?. Pero solo no se puede. Me entristecía esa suerte de abandono y marginación que había adoptado con resolución y orgullo. Como si fuera un logro. Lo mire del modo que se mira al que lleva la muerte al lado. Lo dejé.

Volví al salón y estaba reunido el personal. Me miraban esperando una frase, así que dije: "No hay problemas. Nunca hay problemas".

Ver a Oscar hacer los bloques de cemento con un brazo era todo un espectáculo.

Además, solo; siempre solo. Su "demostración" era el comentario del hospital.

- Estuvimos viendo a tu muchacho. Es un fenómeno. - Reparé en el sentido dual de esa palabra.

- ¿Pasó algo?

- Nada. Al contrario. Trabaja a "dos manos".- dale con las ironías. - No se ha movido en toda la mañana.

No era así. Tenía problema al querer apilar los bloques. Se ponía furioso cuando fracasaba en alinear sus productos. Y le sucedía a menudo. Varios de ellos se habían aplastados en el suelo desparejo. Como símbolo de sí mismo, las que habían sido perfectas figuras de cemento se deformaban y arruinaban.

- La puta que los parió - iba a explotar. No aceptaba, sobre todo, su discapacidad.

- ¿Que pasa?

- Estas mierdas se rompen. Voy a partir todo a patadas.

Seguro que lo haría. Estaba a punto. Así negaría que las cosas no cambiaban por ellas sino por él. Que ya no era el mismo.

- Mirá Oscar. Por que no me dejás ver lo que hiciste. A lo mejor descubrimos en que te equivocaste.

- Yo no me equivoco en nada.

Enseguida lo corroboré. Faltaba un piso plano que mantuvieran los bloques en posición horizontal cuando se depositaban.

- No podrás apilarlos sin una base pareja.

- Yo tiro todo. ¡Ma' sí!

- No te calentés. Hay que hacer un apoyo. Con maderas a lo mejor.

- ¿Y donde?

- Ricardo tiene tablas. Dejá ahora.

Patea un montículo de mezcla. Tira la pala. Insulta. Revolea su camisa. No soporta ninguna espera y es intolerante a cualquier frustración.

- Andá. Yo arreglo acá. Hasta mañana.

- No vengo más. Que se vaya todo a la mierda.

Se aleja con su paso retorcido. Furioso. "Que nadie se le cruce por el camino".

Al mediodía siguiente volví por la "bloquera". ¿ Habría recommenzado?.

Una pila de bloques adornaba el lugar. Una buena producción descansaba sobre las bases fabricadas por Ricardo.

Los muchachos de mantenimiento pasaron cerca de mí y volvieron a saludarme irónicamente. Seguramente ahora los bloques serian el comentario.

- ¿Que tal Psicólogo?.

- Bien.

- Sin problemas, ¿no?.

- Todo bien. No hay problemas. Nunca hay problemas.

Rechupadazo.

Ferro ya nos lo había dicho: "Ustedes no escriben nada ni califican nada porque la experiencia es nueva y no tienen ni palabras ni idea en donde registrar. Pero deben dejarse de escribir en los armarios y en la corteza de los árboles. Deben crear registros apropiados y una nueva terminología". Empezó Walter. Veamos.

Sobre terrenos que se ganaron a un cauce seco, cerca de la cárcel, fue surgiendo un barrio. En un paisaje de tierra suelta y arena con la Alcaldía de fondo. En otoño, época de vientos, se llenaba el espacio de un polvo espeso. En ese lugar había conseguido Juancho su terreno.

En esos días estábamos ayudando a que levantara una casa de material junto al ranchito de cantoneras donde vivía. Y deseábamos terminarla pronto.

- ¿Trajeron los Bloques?.
- Si - como de costumbre Fabián respondió primero.
- ¡Che!. Por favor, atiendan. ¿Trajeron los bloques?.
- No.
- ¿Cómo que no?... !Pero será posible!. ¿No se dan cuenta lo que es importante?.
- No te preocupés, primero hay que hacer la base.
- ¡Pero es que se los van a afanar!.
- No creo que ni pegados estén aquí mas seguros.

Miré el barrio que crecía sobre la pobreza. "Que sea así" – me dije – "es la autogestión, la autogestión".

- Que sea lo que sea. ¿Quién hará las bases?.
- Las harán Norberto, Peñí y Juancho.
- ¿Y Fabián? – nos preguntó.
- Por supuesto - le respondí.

Hinchó el pecho y siguió paleando arena. "En algún momento habrá que decirle que pare", pensé.

- ¿Y donde esta Juancho?.
- No sé
- ¿Cómo que no está?. ¡Mi Dios!. Que no esté tomando.

Fuimos a buscar una pala a Nuestra Casa y nos encontramos con Walter.

- ¿Que hacés acá?
- Me llamaron las chicas. Vos donde estabas.
- Haciendo la pieza de Juancho.
- ¿De quién?
- De Juancho. ¿Por que?

- Porque llamaron. Dicen que hay una persona en crisis en Barrio Tiro y pensé que podía ser él.

- Con nosotros no está. ¿Quién llamó?

- Un vecino. Dice que alguien esta hablando de Dios.

- Raro. A Juancho no le da por "la mística". Debe ser otro.

- Ojalá sea otro. ¿Vamos a ver?

Salimos en el veterano falcon y nos olvidamos de la pala. Se reemplazó por el inapreciable maletín negro de "las urgencias".

- No creo que sea Juancho. Debe ser un Psicótico.

- ¿Será?. El vecino dice que hablaba de Dios y esas cosas. ¿Un delirio místico?.

- También podría ser una crisis psicomotiz. O no habría tanta urgencia.

- A lo mejor... Fíjate como nosotros andamos disparando.

- Sí, eso debe ser. Un tipo comunitario de contratransferencia.

- ¿Sí?.

- ¿Y si nos golpea?.

- No creo. Si no le somos conocidos y no arreglamos con sus familiares, nunca corremos peligro.

- ¿Será?

- ¿Seguro?. Si es esquizofrenia.

- ¿No será una manía?

- Puede ser.

Nos acercábamos.

- ¿Donde?

- En ese cartel.

Brillaba un letrero: "Bar Tiro". Allí era.

- ¿En ese... ? ¡Es un Rechupadazo!.

En "idioma" cordobés, Walter fijó con lujosa precisión el diagnostico definitivo.

El Ricardo.

Aunque todos los hombres son diferentes, algunos lo son mas que otros. Como el Richard. ¡Que personaje este Ricardo!. ¡Tiene cada historia... !

Me contaron que iban los tres y él hablaba.

- Ustedes tienen que comprender que el alcoholismo no es un vicio sino una enfermedad.

- Ya nos explicaste eso como mil veces - la Sara nunca se anda con vueltas en las repuestas.

- Lo que pasa es que por lo semánticamente continuo, con la repetición de los términos se produce la fijación de los conceptos en el imaginario colectivo...

- Si, de eso te hablaba.

Nunca se daría por enterado. La seguiría imperturbable.

- Miren. Les explico de otra manera - esa es su manía, dar vueltas con las palabras - aquí hay gente buena que por esos destinos de la vida ha sido perversamente castigada.

- ¿Cómo el Gerardo que mató a su hermana? - la Eva posee una inocente ingenuidad.

Esas repuesta lo endurecían en su proceder académico.

- Hay que saber mirar al ser humano en lo que lo hace infinitamente diferente.

- ¿A que?

Nada de encontrar repuestas filosóficas. La ciencia. Su dominio era la ciencia.

- No Sara. La pregunta es, en que. Te das cuenta.

- No.

Cualquier mortal civilizado daría por terminada esa clase. Pero el nunca abandonaría la docencia.

- No importa...

Y continuaba hablando. Explicando el misterio del hombre.

Iban a una unidad carcelera. Llegaron a la guardia escuchando sabiduría concentrada. Pasaron. En la cárcel tenían que realizar la semanal reunión grupal con presidiarios alcohólicos. Se encontraron con viejos conocidos de sesiones. El Pocho, el Toto, el Tuerto, el Flaco. Y entre ellos el Negro, un preso que miraba a la Eva singularmente glotón.

Ni ella, ni los demás presos le dieron importancia al hecho. Además, en ese sobrio ambiente vigilado ningún peligro se corría. Pero el Charli es un Charli.

- Bueno señores, por hoy terminamos. Y recuerden, nada de alcohol en este lugar. Esta enfermedad debe combatirse todos los días. Anualmente, mensualmente, diariamente, minuto a minuto, segundo a segundo, décima de segundo a décima, centésima a centésima. Ustedes son seres humanos constitutivamente normales y esencialmente dignos, por lo que si bien judicialmente han sido punibles deben concientizarse que...

- Richard... - Eva lo cortó piadosa, pidiendo la palabra.

- Esperen muchachos que esta compañera quiere decir unas cosas.

- No. Solo quiero decirte algo en secreto.

Le extrañó. Nunca se producían esas confidencias íntimas en los G.I.A.. Porque decir secretos en grupos es mala educación, decía su vieja.

Aunque el Richard no mostró desconcierto, por adentro empezó a decirse: "con solvencia, con solvencia". Acercó su cabeza a la cara de la compañera tratando de sostener la sonrisa fija hacia el auditorio. Que sonrisa, ¡Dios mío!. Ni Odol responde por ella.

- Ustedes disculpen..... ¿Si... ?. - le costaba hablar con la cabeza ladeada y los dientes relucientes al viento.

Escuchó el secreto:

- Parala y vamos.

Así como para algunos médicos sus pacientes son lo más sagrado, para este personaje sus amigas lo eran. Por eso aguantó el golpe. Siguió manteniendo la sonrisa hasta que le dolió la mandíbula y ya nadie sabía si sonreía o era así nomás su cara. Pero nada de reprender. "Richard, soportá el golpe". Es en esos momentos cuando apela a su sentido de la dignidad. Pero quedó caliente. Para colmo el Negro seguía mirando a la Eva.

Salieron. No hablaban. Iban caminando lentamente por la vereda que da salida, cuando Sara comentó:

- Vieron que hacen "pajarito".

Ese término alude a una casera y clandestina bebida alcohólica hecha en las cárceles con cáscaras de fruta fermentada. Fue su oportunidad.

- ¡Ma' que pajarito!. Borrachos de mierda. Ya les voy a dar pajarito.

Como se dice, pegando a lo loco. Así remató su clase magistral sobre el enfermo alcohólico. Ellas se rieron. Lo entendían perfectamente.

De allí fueron a ver al obispo de General Roca. Buscaban recursos dentro de la cooperación intersectorial, como él le dice al mangazo. Sara y Eva firmes. Siempre juntas. Por esas cosas del alcoholismo y porque se divertían.

Entraron despreocupados al edificio obispal y se encontraron con una gran sala de espera adornada con cuadros antiguos, tapices, crucifijos, reliquias con olor a incienso y un piso alfombrado que invitaba para andar descalzos.

La Solemnidad se encontraba con el Richard; buen vendedor de verduras en carro.

Se miraron los tres. Quedaron petrificados sin saber si reírse, llorar, quedarse o irse.

No deben haber estado mucho tiempo en esa situación de desconcierto pues sino habrían llegado al pánico. Estaban clavados junto a la puerta cuando los despertó un cura flaquito, famélico, que sin preguntarles nada los invito a pasar por otra puerta, grandísima, de madera lustrosa, labrada.

El Richard, tanguero viejo, a lo torero, cepillando el piso esquivó a sus compañeras que entraban resignadas con sus destinos. Él, inalterable, como buen caballero, las siguió detrás. Sacando pecho, bien compadrito, casi en paso de baile, adelantó un pie. Justamente el que tenía de apoyo. Por lo que salió caminando en un saltito. Y siguió marchando a pasitos cortos, bien flexionados los codos. Sacando pecho.

El curita larguirucho quedó afuera con la boca abierta mirando su acrobacia. Y eso lo desconcertó. Nada de hacerlo trastabillar, pero sí lo suficiente como para dejarlo aturrullado un segundo. Para colmo, de reajo ya había visto adentro una figura impresionante, en ropaje draculiento y con más rojos que negros en su vestidura. Sentado en algo comparable a un trono. Solemne tras una mesa ostentosa.

“Este nos va a barajar”. “¿Que hacemos que...?”. Se balanceó, perdió el paso y el estilo distinguido de Gardel justo cuando empujó la puerta para cerrarla. Y... ¡Zápate!. Con un ruido fortísimo la pesada hoja de madera cayó sobre el marco. Tembló el Obispado. Pareció vibrar toda la manzana. Eva y Sara lo miraron con ojos desorbitados. “Seguramente ahora los ángeles me estarán mirando por las barandas del cielo”. “Que se envidien”.

Lo grave era que estaba frente al Obispo, pues quién sino podía ser ese personaje que tenía enfrente. Se detuvo. Miró al tipo. “¡Que feo!”. “Tiene ojos de ciruelas y le tiembla la papada”. “¿Que digo?”. Porque había que explicar. Pero Ricardo es especial para encontrar las palabras justas en esos momentos embarazosos. Sacó su sonrisa dentada y apenas quedó convencido que sus incisivos, colmillos y caninos se veían perfectamente alineados, le ensartó de golpe:

- Perdón señor cura. La puerta se me fue a la mierda.

Buen criollo, siempre esta enseñando sobre la vida. Es una materia que dice saber “lunga”. Por eso en el viaje de regreso, en su viejo automóvil, maltratado pingo mecánico atado con alambres, siguió dando su cátedra cotidiana a esas alumnas que lo escuchaban despistadas.

- Miren, la epistemología lo dice, es necesario ser prudente y cauto con la espontaneidad sumisa de la religiosidad confesa.

- ¡Eheee!. - para la Eva esas palabras le significaban lo mismo que un discurso en Tibetano antiguo.

- Es así - nada de achicarse - y también fisiológicamente. La descentralización de la atención produce en esos ambientes, teológicamente encarnados, desde la amplia temporalidad histórica, una distensión muscular que debemos aprovechar.

Como se le quedaron mirando medio pasmadas y medio asustadas, no tuvo mas remedio que rematar él ultimo compás sabiendo:

- Estrátegicamente - pegándole afuera al acento.

- Che Ricardo - se miraron - ¿estas mamado?.

- La ignorancia nunca me hará retroceder.

- No hace falta que retrocedas. Mejor mirá para delante que vamos a chocar.

Siguieron más tranquilos. Ya había expuesto su punto de vista. Y como en tantos otros días llevó a Sara a su casa. Poco después se detuvo en la vivienda de Eva.

- Llegamos.

- ¿Querés bajar a tomar unos mates.- ella siempre servicial.

- Dale. Todavía es temprano - nunca desperdiciaría una oportunidad.

Caminaron. Entraron. La Eva marchaba adelante. El bien cerquita... por si se paraba. Ella apuradita... por si se apuraba. Pasaron. Cada vez más rápido los dos.

- Cerrá Ricardo.

Y este “guaso cabrón”, señor de la espontaneidad, impune vivaracho fuera de época, salió con otra de las suyas.

- Bueno vieja, andá poniéndote cómoda.

- Mirá Ricardo - gritó Eva como dueña de casa y jugando de tal - si te haces el vivo ya te estás yendo.

Salieron de a uno.

Cuando se abrió la puerta de la casita, un tufo a jabón y desodorante dejó trastornado al perro de La Josefa. Se lo vio al día siguiente, dijeron, correr rabioso por las agrestes bardas. Buscaría aire fresco la bestia.

- Afuera. - una imperiosa voz dio la señal.

Y empezaron a salir de uno en uno. Pintonazos. Como que habiendo vaciado roperos y cajones, gastaban sus mejores pilchas. Bien remojados por el succulento baño. Prolijos. Primeras hojas de cuadernos escolares. Planchaditos. Peinaditos. Perfumaditos. Unas pinturitas.

La petisa de la esquina nos recuerda el suceso de tanto en tanto.

- ¿¡ Que es esto?! - dice que dijo. - ¡Se escapan!. ¡¿Disfrazados?!. ¿Se van así nomás?. ¿ De quién es el mérito?.

Y cada vez que tiene ocasión repite que ahí mismo "El Mauricio, el de carita tristona, él negrito narigón de flequillo chiflón, ese medio alto que no habla casi nada y que le dicen Tristeza; ese, ¿vio?, ¡se pegó una flor de tropezón!". Y para que no le tengan dudas, cada vez que lo relata se larga a gesticular.

- ¿Que no?. Si se estrelló en la vereda. Así... - hace un ejemplificado movimiento brusco de nadador lanzándose al agua - y se enderezó estiradito en puntitas de pie.

Muy artista se tensa de tal modo que hace temer se le disloquen los huesos. Y la mayoría de las veces se detiene ahí. Pero si por algún gesto ocasional cree que ha dejado expectativas abiertas, sigue firme con la función.

- Y para que se habrá parado el pobrecito. Si empezó a castigarse a sí mismo. Como loco. ¡Tuve tanto miedo de que se matara el miserable!. ¿Les cuento?.

¿Se puede decir que no?. Agrega que en la noche del incidente despertó asustada a la vieja Clotilde. "A la de al lado, la sorda, la que se acuesta temprano y no protesta por los ruidos. Porque cayó medio de panza levantando flor de polvareda y se alzó colorado. Y avergonzado. Y... resoplaba", dice confidente. "¡Que miedo!".

En lo del resoplido debe haber algo de verdad. Porque coincide con una frase de La Conse sobre que el flaco en cuatro patas le había parecido un toro capado.

De entre los que lo rodeaban al caer, solamente Sergio le habló:

- Bueeee - en chileno clásico - no se apure "uté".

- Que pasa. Vamos - de atrás pechaban.

Ese debe ser el momento, entre los apurones y el cumplido aviso, que se produjo lo dicho por la vecina. Cuando se irguió con celeridad y empezó a sacudirse la ropa. Violentemente, de arriba abajo y de abajo arriba. Con palmadas fuertes, muy fuertes. Resoplando, resoplando. Solo poco a poco sus manotazos al pecho y muslos moderaron el ritmo, aunque nunca cedieran en intensidad. Cerró su exhibición de aseo público con dos terribles manotazos parecidos a trompadas en el estómago.

- Iiiihiiii - exhaló

Juancho pensó que al pobre se le vaciaba el pecho. Por lo menos eso fue lo que nos dijo mas tarde. Aunque no había dado al suceso mayor importancia porque no era de su familia. Por eso no se metió, pero que a punto estuvo de escabullirse del grupo, especulando que con un finado en la vereda se podía suspender el paseo.

Luego de esa exhibición autoflagelante, el resucitado Tristeza encajó su mejor cara de culpa. La que le compensaba esas "huellas de mi carreta" abiertas en los pantalones.

Y se quedó parado nomás, portando su caripela como estandarte. Firme. Quietito. Mirando la nada, como un cuzquito al que le sacaron el hueso.

Saberse de pié y tener la plena convicción de que uno así se quedará, parado para siempre, debe ser desesperante. O quizás confiara en que alguna Operadora le echaría unas palabras mágicas para romper el hechizo. Porque La Eva le dijo "¡usted no puede estar ni un minuto limpio!" y fue escucharla y arrancar.

¡Cómo no se iban a sorprender los vecinos!. Salió cada personaje de la casita... Días después alguien juró que El Eduardo había partido sin medias y con zapatos de distinto color. Lo que no sería raro en él. Ni siquiera que los llevara puesto al revés. ¡Ese Eduardo!. Retaqueando, con sus zancadas tehuelches, está condenado a caminar en peregrina soledad, siempre en avanzada. Un tehuelche errante.

Josefita tenía puesto un vestido largo, floreado, con puntillas y volado. Parecía mitad muñeca y mitad gitana. ¿Quién se lo habría conseguido?. De todos modos, como la pollera le quedaba larga, con una cinta azul en la cintura lo mantenía levantado evitando arrastrarlo. Balanceando sus trencitas de china gaucha, anduvo todo el camino mirando a los costados. Le encanta que la elogien. Pero como de reojo sopesaba él arrugue del vestido y tanteaba la distancia de su pollera al suelo, avanzaba con la cabeza bamboleando de tanto mirar a los lados y abajo.

Marchaba con su paso típico, moviendo los pies mas adelantes que la vertical del cuerpo. Esta mujer cuando camina da la impresión de que si se le atrasaran nada mas que un poquito los hombros, se cae de traste. Con ese extraño movimiento de cabeza, fue La Josefa atrás de sus pies.

Sergio y el viejo salieron de los primeros. Y aunque no pudieron mantenerse cerca del Eduardo, caminaron parejo con medidos y acompasados pasos largos semejantes a zancadas. Se habían "engominados" los muy torpes, con jabón de lavar la ropa. Por eso, mientras duró la humedad en sus cabellos, parecieron bien peinados. Pero al rato nomás elevaron al viento unos escamosos pirinchos blancos. Como aves zancudas que se despluman, parecían desintegrarse por las porras.

El Peñí salió metido en un curioso garrote vil. Lucia al cuello un pañuelo blanco que, por identificadorio estrujamiento, ahogaba a quién lo mirara. Si nadie cayó asfixiado fue porque marchaba por la vereda de enfrente. Nada más que por no observarlo en detalle se salvaron muchas vidas. No sucedió una tragedia.

El Tito, La Cristina, La Mirta, La Conse y otros, se aglutinaron con algunas Operadoras en un compacto racimo central. Cuando los que iban a retaguardia se apuraban, los empujaban. Así que permanentemente alguien desacomodaba su paso y saltaba en un pie para ajustarse un zapato. Además, como todos se preocupaban por ocupar los mejores lugares de la vereda, se notaba claramente que algunos daban bruscas aceleradas para colarse en lugares vacíos. Lo menos que podía decirse de ese grupo central es que avanzaba alterado.

Y venían más. Todos del mismo tenor. Cerraba el cortejo de casi una cuadra, la Celia. La retaguardia simbólica y, según Luis, el "anatema" perfecto de lo anterior. Había esperado hasta último momento al que llegaría tarde: el Memo. Marchaba buscándolo, dándose vueltas cada pocos pasos. Pero nada de semigirar el torso para otear sobre sus pasos en una marcha pareja. No. Ella paraba, girando todo el cuerpo, centrifugaba su voluminoso centro anatómico, miraba atentamente la nada, se acomodaba, tomaba aire, volvía a girar y recién entonces seguía el camino.

Jamás había sido abandonada la "casita" en esta proporción migratoria. El desfile, procesión, cortejo o manifestación, según quién interpretara, fue impresionante.

A pocas cuadras de la casita cruza un gran canal de riego que separa territorios en la ciudad. Parece un río, con barrancos, orillas y todo. Y cuando desde los barrios ubicados al norte de la ciudad se quiere viajar al centro sin tener que pasar por los puentes principales, se puede salvar ese obstáculo hídrico por una larga y fina pasarela que ahorra camino. Una mezcla de alambres y maderas que simula un puente colgante.

De lejos el puentecito parece simpático. Pero a medida que uno se acerca y repara en el bamboleo, las oscilaciones y el viborear de la estructura, la simpatía desaparece para dar paso a retorcijones de estómago. Al atravesarlo nos sentimos osados aventureros cruzando precipicios. Es el puente de las ganas, dan ganas de dar media vuelta y correr al baño.

Eduardo le entró primero con su pesado tranco. ¡Ahijuna!. Como arisco pingo de hierro y tablones la pasarela quedó en balanceo. Impávido el paisano avanzó indiferente, dándole aun más duro al taconeo. Pero a Peñí y al Viejo, que lo seguían a pocos metros, se les puso blanca las caras. Después coloradas.

Cuando se zampó La Josefa al tableado irregular, pareció mas que nunca tironeada de los pies. Agarrada con sus manos a la baranda parecía ser impulsada por los hombros. Lo cruzó estoicamente inclinada hacia atrás, escurriéndose de taco sobre la planchada.

Al llegar el turno de pasar del grupo central se oyeron gritos quejumbrosos, sollozos y jadeos. Un ¡eeeeeeee...! profundo flotó sobre las aguas. Un horripilante coro de película de terror acompañó un compacto humano que empujaba y retrocedía, subía y bajaba. Para colmo la Celia dio su vuelta completa antes, durante y después de pasar la pasarela.

Fue en la mitad del paso de esa gente, cuando silbaron las cuerdas metálicas con agudos y metálicos sonidos de violines desafinados, que se agregaron estertores a las voces espeluznantes.

Ya todos habían pasado cuando se observó a Tristeza en la otra orilla, clavado a la entrada de la pasarela.

"¡Vení!. ¡Dale Tristeza!". "Vamos que se hace tarde". "¡Adelante, animo!".

Pero que iba a venir. No había formula mágica que lo obligara a entrar en ese almacén diabólica. Y tampoco nadie se ofreció a buscarlo para no repetir la tortura sobre el puentecito. Así que allí quedó solo, caripeleando. Ya caminaría por la orilla hacia un puente de verdad.

Protegidos por las nocturnas sombras de los arboles que abrigan el otro extremo de la pasarela, el grupo se reordenó antes de retomar su audaz andar y ganar el centro de la ciudad.

Así marchó una noche al casamiento de Laurita, la princesa que tuvieron, el Regimiento de Guardia de la Brancaleone.

Índice

Pag. 1.	Índice.
Pag. 3.	Estampas. Dedicatoria.
Pag. 5.	Palabras de presentación.
Pag. 7.	Su trabajo es de Asistente Social.
Pag. 10.	Como chicos.
Pag. 13.	La reposera.
Pag. 16.	Cambios de autoridades.
Pag. 18.	Los ñoquis.
Pag. 20.	El curso.
Pag. 22.	Avaricia.
Pag. 24.	El primer alojamiento.
Pag. 26.	Juancho.
Pag. 30.	La morcita.
Pag. 32.	El ranchito.
Pag. 34.	El "Peligroso".
Pag. 37.	El exorcismo
Pag. 38.	Sobre diablos y sapos.
Pag. 41.	"Actus interrupto".
Pag. 43.	Compromiso.
Pag. 45.	Trabajar aquí es cosa de locos.
Pag. 47.	El asado.
Pag. 49.	Nunca hay problemas.
Pag. 53.	Rechupadazo.
Pag. 55.	El Ricardo
Pag. 58.	Salieron de a uno.

Índice

Pag. 1.	Índice.
Pag. 3.	Estampas. Dedicatoria.
Pag. 5.	Palabras de presentación.
Pag. 7.	Su trabajo es de Asistente Social.
Pag. 10.	Como chicos.
Pag. 13.	La reposera.
Pag. 16.	Cambios de autoridades.
Pag. 18.	Los ñoquis.
Pag. 20.	El curso.
Pag. 22.	Avaricia.
Pag. 24.	El primer alojamiento.
Pag. 26.	Juancho.
Pag. 30.	La morcita.
Pag. 32.	El ranchito.
Pag. 34.	El "Peligroso".
Pag. 37.	El exorcismo
Pag. 38.	Sobre diablos y sapos.
Pag. 41.	"Actus interrupto".
Pag. 43.	Compromiso.
Pag. 45.	Trabajar aquí es cosa de locos.
Pag. 47.	El asado.
Pag. 49.	Nunca hay problemas.
Pag. 53.	Rechupadazo.
Pag. 55.	El Ricardo
Pag. 58.	Salieron de a uno.